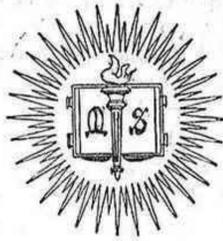


La Ilustración



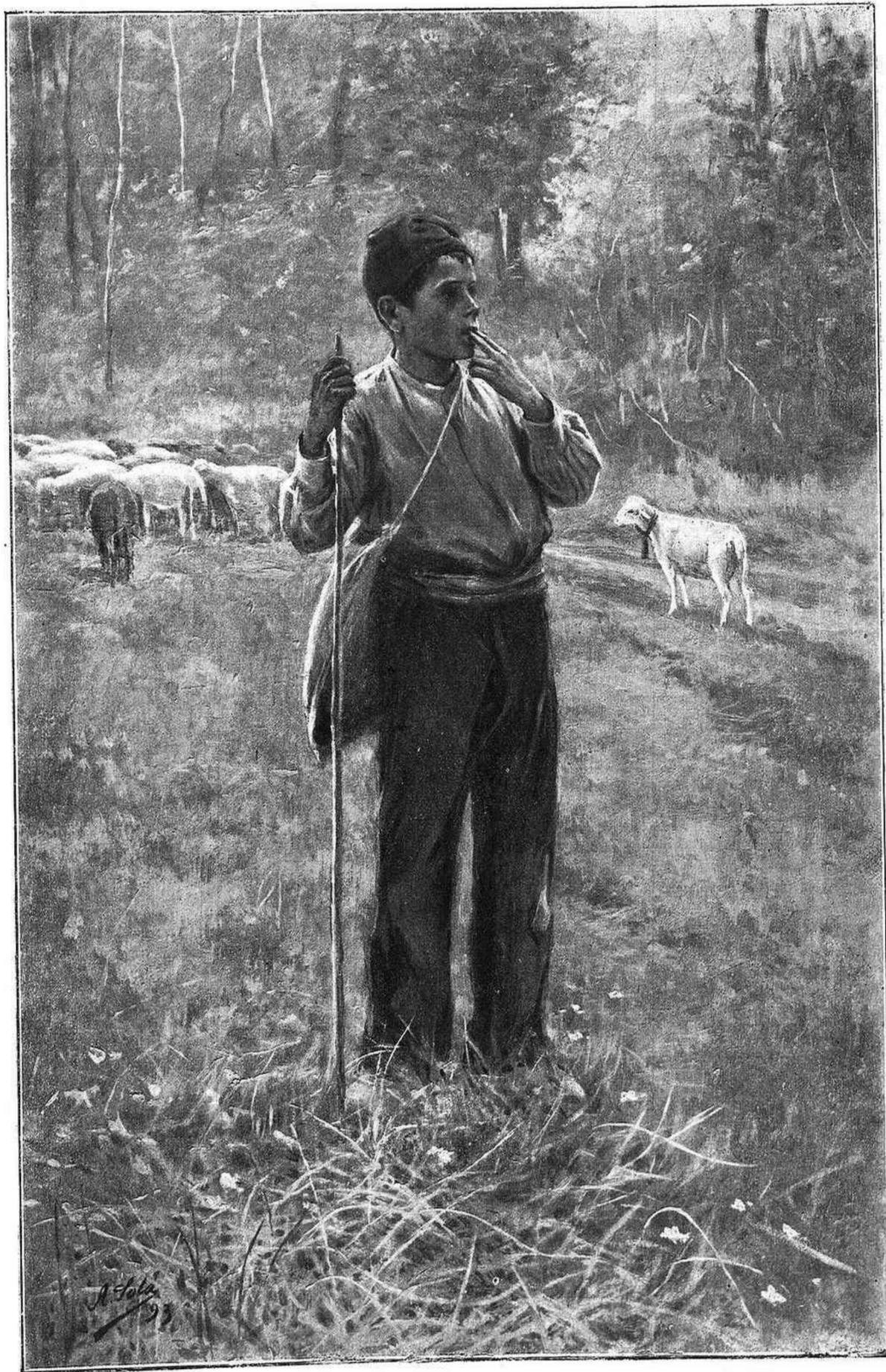
Artística

Año XXI

BARCELONA 20 DE OCTUBRE DE 1902

Núm. 1.086

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL ZAGAL, cuadro de Andrés Solá y Vidal
(Salón del Círculo Artístico)

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea. Reflexiones.* Zola, por Emilia Pardo Bazán. — *Barcelona. Las fiestas de la Merced*, por X. — *El cigarro propio (Recuerdos de un curial viejo)*, por P. Gómez Candela. — *La catástrofe del «Bradsky»* — *Nuestros grabados.* — *Via libre*, novela ilustrada (continuación). — *El drama lírico «Parysatis» representado en las Arenas de Beziere*, por X.

Grabados.—*El zagal*, cuadro de Andrés Solá y Vidal. — *Barcelona. Fiestas de la Merced. Cabalgata histórico-artístico-industrial. Carroza del Círculo de la Unión Mercantil.* — *Parte posterior de la misma.* — *Carroza del Fomento de la Producción Nacional.* — *Carro del Club de Regatas.* — *La cabalgata histórico-artístico-industrial*, composición y dibujo de Nicanor Vázquez. — *Carroza del «Niu Guerret»*. — *Carroza del «Anís del Mono»*. — *La masía catalana de la plaza de Sepúlveda.* — *Carroza del champagne Mercier.* — *Fiestas de la Merced*, composiciones y dibujos de J. Passos. — *El barón de Bradsky.* — *La baronesa de Bradsky.* — *París. La catástrofe del aerostato «Bradsky»*. — *Beziere. Representación del drama lírico «Parysatis»*. — *Mme. Jane Dieulafoy en el salón de su casa en París.* — *Los esposos Dieulafoy en su despacho en París.* — *Jarros de mayólica de la fábrica Villeroy y Boch, de Schwaberg y de Dresde.*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

REFLEXIONES. — ZOLA

Parece que al fin alguna, mínima parte de la opinión, empieza, no hace más que empezar, á alarmarse, tímidamente, ante el incremento de la criminalidad en España. A tal incremento vienen refiriéndose (con la constancia que permite el deseo de dar amenidad y variedad á la sección) estas crónicas mías. No ha faltado quien las tilde de pesimistas. Contesten los hechos.

* *

¿Cómo explicar el fenómeno? Alguien lo achacará á falta de religión y creencias firmes. Alguien á falta de instrucción y cultura. Alguien á falta de represión y ejemplaridad. Y todos tienen razón, porque el fenómeno es complejo. Aquí se han rebajado muchas cosas, otras no han germinado, y otras se han llenado de orín y no funcionan. España es á la vez tuberculosa y artrítica. Gasta demasiado y gasta poco; quema aprisa su sangre y forma también residuos, depósitos de herrumbre, de esos que revelan imperfecta asimilación. En este sentido dicen bien los reaccionarios, que eran preferibles los tiempos de nuestros abuelos: al menos entonces se sabía á qué atenerse.

* *

No es difícil comprobar, en la larga y fúnebre lista de los crímenes y delitos de estos últimos meses, la dualidad á que me refiero. Los hay que indudablemente proceden de la lectura de periódicos: los hay que proceden de no saber leer, ni periódicos, ni nada. Los hay tan sin objeto, tan gratuitos, que sólo pueden achacarse á lo que en un tiempo famoso Sunyer y Capdevila llamaba «instintos salvajes del hombre primitivo», añadiendo con desengañada melancolía: «Me consta que no los han perdido mis correligionarios.»

¿Qué me dicen ustedes, verbigracia, de los dos individuos que se asestaron navajazos definitivos, por si el uno cortaba mejor que el otro una raja de melón? ¿Qué de los dos en quienes el origen de la disputa con resultados mortales fué la apreciación técnica de un par de banderillas al cuarteo?

En Galicia, antaño, apenas se cometían esta clase de crímenes. Caracterizaba la criminalidad de las cuatro provincias el ir contra la propiedad. Las riñas, las guapezas, los desafíos de matones, no menudeaban. Hoy son el pan nuestro. — Aquí de lo dicho antes. Los adelantos modernos, para esta pobre gente, toman forma de revólveres y puñales baratos. Antes no poseían más que su garrote, su hoz. Con el revólver y el puñal se encuentran como los aschantis si les dan fusiles. Siéntense guerreros. En un sitio llamado *El Espíritu Santo*, á corta distancia de mi aldea, libróse el mes pasado una batalla campal: muchas de las que reseñan los libros y que dejaron huella en la historia, fueron, de seguro, reñidas entre menor número de combatientes: como que los del Espíritu Santo eran unos ochenta, bien armados, animosos, y que tenían la ventaja de batirse sin sospechar ni remotamente por qué, con lo cual su ardor bélico y su fe entusiasta no se resfriaron un punto. Y en efecto, la empeñada lid duró cosa de tres horas, á tiros, cuchilladas, palos, puñadas y puntapiés, y se acabó por cansancio y falta de municiones. Fué algo homérico, que se repetirá apenas

sea preciso reconcentrar la Guardia civil á las ciudades con motivo de alguna huelga, y las romerías queden entregadas á los majos.

* *

Por supuesto que el *record* de la criminalidad lo *baten* (¡qué castellano tan lindo que escribimos en estos tiempos del automóvil!) los románticos del honor, los asesinos de mujeres, los suicidas en combinación, que primero despachan á su novia y luego se vuelan la tapa de lo que no tienen. La Edad media sólo recuerda algunas parejas dignas de girar en el remolino de Dante: en el día son legión. Se necesita pecar de rutinario para hablar de la bancarrota de la poesía. Más que nunca el amor clava su dardo de oro y fuego en las almas; lo que hay es que ya nadie inmortaliza á esos desesperados líricos, que se precipitan á la muerte como los chicos de los puertos de mar á las olas — con la cabeza baja, los ojos cerrados...

* *

Sería pretensión peregrina y extraña la de que un sentimiento cardinal, como el amor, decrezca porque existan ferrocarriles, automóviles, bicicletas, máquinas de escribir, repartidores automáticos y demás inventos. Es como si supusiésemos que por existir impermeables de caucho no llovería más.

Enamórase la gente ahora lo mismo que en tiempos de Hero y Leandro. Y si cabe, con más ahinco. ¿Por qué? Sencillamente porque en el fondo de la memoria colectiva de la humanidad existe mayor depósito de esos recuerdos y esas impresiones que luego el arte aviva y exalta hasta lo sumo, y que aumentan, no la capacidad física, sino la sentimental, que es la que importa. Cuando la mujer ni había sido idealizada ni cantada; cuando era una oveja más en el rebaño del pastor errante, una prenda más en el botín, no determinaba lo que hoy determina; no causaba lo que hoy causa. En nuestra semi-civilización, sujeta aún la mujer, atribuida todavía al hombre como propiedad, pero ya resguardada por infinitas formas nacientes de las costumbres, y por algunas, relativas, de la ley, es cuando solivianta el espíritu y los sentidos, hallándose expuesta á sufrir la violencia y á originar la desesperación. El archiduque ó príncipe ruso (no estoy muy cierta de cuál era su categoría social) que acaba de matar de un tiro de revólver á una cantante, hallándose ella en escena, por haberse negado á entablar relaciones amorosas con él, partía, tal vez sin darse cuenta, de este principio: la cantante es mujer, luego es sierva; tengo derecho de vida y muerte sobre la sierva; me resistía... y el resto de la frase de Antony.

* *

No son sólo los príncipes y archiduques los que practican por instinto la idea adquirida y arraigada. — El hombre del pueblo supone también que la mujer anhelada le pertenece, y que al negársele, pena de la vida. — Es preciso que los juristas penalistas estudien el problema del *ginecidio* (¿puede decirse así?). Es preciso que el jurado lo estime tan punible, al menos, como el robo de una gallina ó de un mantón. Hay toda una serie de crímenes que ya no se castigan y por lo tanto arrecian; pues, digan lo que gusten los termómetros de la filosofía benigna y generosa, el miedo al presidio y al garrote no deja de producir cierta moderación saludable...

No se moraliza con el castigo; se evita, se reprime; la moralización es de otra suerte. Estimo la higiene más que la medicina, el régimen diario más que el remedio heroico; pero hay ocasiones en que es preciso enviar á escape por el remedio á la botica más próxima, y tragarlo á puñados...

* *

Ha muerto en París Emilio Zola á consecuencia, según parece, de un accidente casual, no tan imprevisible, sin embargo, que no se repita con alguna frecuencia: la asfixia por el ácido carbónico, contingencia posible de las estufas y aparatos de calefacción alimentadas con carbón vegetal ó mineral. Un descuido dió á Zola el género de muerte que de seguro hubiese preferido si le permitiesen elegir: la *repentina*, *inopinada*, que deseaba Julio César. Breves instantes de aturdimiento, de una especie de embriaguez paralizante; un inconsciente esfuerzo hacia la vida... y el desvanecimiento final, la pesada caída al suelo, como una masa inerte. — ¡No más! Es bastante para cualquier individuo de nuestra

raza, para Zola, para el emperador de Alemania, para Nansen... Un vaporcillo mefítico que llega al cerebro... y se acabó todo.

Cinco ó seis años tendría yo cuando un brasero mal encendido pudo dejarme huérfana: mis padres estuvieron á pique de pasar del sueño á la muerte casi sin notarlo. — Acaso este recuerdo confuso de la niñez ha sido causa de que me repugne infinito la calefacción. El sol en la calle, un ligero abrigo dentro de casa, me bastarían, y cuando enciendo una estufa es por evitar que se les hiele la respiración á los que me visitan. El aire puro es para mí una divinidad benéfica y adorada. El brasero me infunde una repulsión instintiva.

* *

Para el arte, Zola, á mi entender, ya había muerto hace años, y especialmente desde el proceso Dreyfus. Yo he sido el primer crítico que en España analizó y se atrevió á ensalzar, como artista, no como pensador, á Zola, cuando su nombre era pronunciado con horror y su trabajo enteramente desconocido; todavía hace pocos días, á propósito de una novela de Zola, *Verité*, en publicación, recordaba en *El Imparcial* el Sr. Gómez de Baquero la justicia que á Zola tributó, contra viento y marea y á capa y espada. El Sr. Gómez de Baquero se equivoca al decir que tradujo á Zola: no le tradujo, ni le traduciría, por varias razones, entre ellas porque Zola, que fué un gran artista, no fué un artista de la forma, exquisito, raro, refinado como los Goncourt, y traducir á Zola... sería traducir, y no más. Repito que otras varias causas me lo impedirían también. Nunca se me pasó por la imaginación hacerlo.

Pues bien; con toda mi admiración á Zola, debí reconocer su decadencia, absoluta, irremediable, de los últimos tiempos, y deplorar que no hubiese cesado de escribir antes de *Roma*, *París*, *Fecundité* y otros evangelios más ó menos humanos. Hay quien los encuentra de perlas, pero... No quisiera ofender á nadie, y ello es que no puedo estimar en un ardite, literariamente hablando, á esos admiradores de la última etapa de Zola; y sería imposible que después de reconocer su mérito al Zola genuino, al del *Assommoir* y *Germinal*, encontrase en mí misma elementos de entusiasmo para el Zola satélite y pálido reflejo de Víctor Hugo — el Zola evangelista.

* *

¿Qué más da? Nunca una vida artística entera honra á un artista. Balzac empezó por rapsodias; por rapsodias acabó Zola. Los dos son grandes. Medirles comparándoles será fácil dentro de algún tiempo, cuando los apasionamientos contra Zola se apacigüen y comience la labor depuradora.

Y apenas escrita la afirmación que precede, acude á mi memoria un ejemplo que parece desmentirla. Recuerdo á Maupassant, ese artista *neto*, sin aleación antirreligiosa ni política, sin *evangelios* de ninguna clase..., y veo que Maupassant fué tan excelente al principio como al fin, á pesar de la locura que invadió su espíritu. Maupassant crece cada día. Es el gran hablador, el gran observador. — En vida se le contó, generalmente, entre los *discípulos* del que acaba de sucumbir. Eran dos maestros, el uno que puede servir de modelo; el otro que sería un modelo funestísimo, porque sus cualidades y defectos le pertenecían y formaban un conjunto indivisible; de suerte que aislar los unos y las otras sería mutilar un ser vivo, producir un monstruo.

* *

En la carencia de pormenores acerca de la muerte de Zola, no sabemos si lega á alguien su biblioteca, sus objetos de arte, ó si todo será vendido y dispersado, borrando así el recuerdo de un interior muy típico, de intelectual y de solitario. — El autor de *Fecundité* no tenía hijos, ni aun sobrinos; si muere su esposa, también gravemente enferma á consecuencia del mismo accidente, ¿quién recogerá el fruto de una existencia de asidua labor, el producto, no escaso, de tantos libros ruidosos y célebres, quién conservará la memoria familiar del discutido, ultrafamoso y odiado artista?

A su nombre va unida una fase literaria entera, una evolución del arte, un concepto estético, si no nuevo, al menos presentado con novedad retórica é impuesto con bríos de atleta. Su huella es profunda, dura, ancha, como los surcos abiertos por el arado en el hermoso cuadro de Rosa Bonheur *Labourage nivernais*. Pero es surco en la tierra, no obra en mármol y bronce.

EMILIA PARDO BAZÁN.



BARCELONA. - FIESTAS DE LA MERCED. - CABALGATA HISTÓRICO-ARTÍSTICA-INDUSTRIAL. - CARROZA DEL CÍRCULO DE LA UNIÓN MERCANTIL (primer premio)

BARCELONA. - LAS FIESTAS DE LA MERCED

Pocos acuerdos de nuestro cabildo municipal han sido recibidos por el pueblo barcelonés con tanto entusiasmo como el que dispuso se reanudara en el presente año los festejos que en otras épocas se organizaron en esta ciudad en conmemoración de la fiesta de nuestra patrona excelsa, la Virgen de la Merced.

Barcelona entera se asoció á la idea, y á pesar de la premura del tiempo y de las circunstancias excepcionales en que nuestra capital se encuentra, el vecindario en masa se dispuso á secundar la laudable iniciativa de sus representantes en el municipio, y todos los elementos que podían aportar su concurso para el mayor lucimiento de las fiestas proyectadas, no sólo pusieron en ello su mejor voluntad, sino que rivalizaron á porfía, y sin perdonar esfuerzo, sin escatimar recursos, hicieron más, mucho más de lo que, dadas las circunstancias á que antes nos referimos, podía de ellos esperarse.

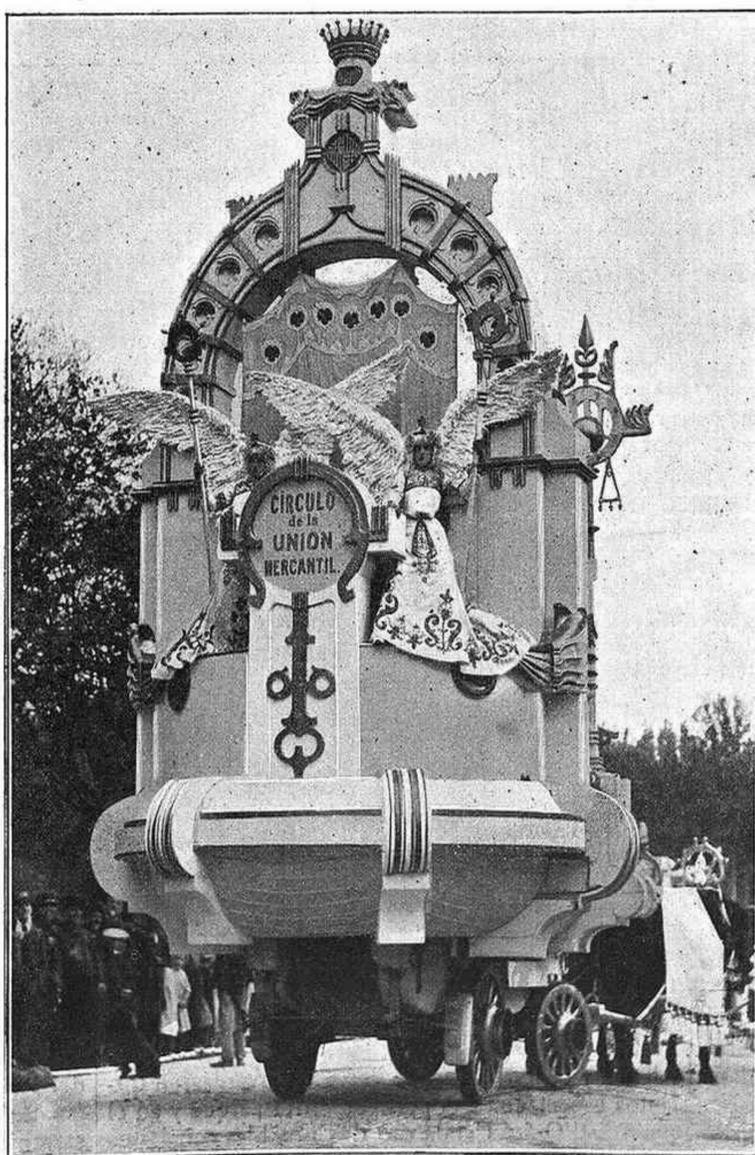
Gracias á esta unanimidad, bien puede decirse que los festejos este año celebrados han sido muy superiores á los de otras veces, así por su variedad y por su carácter como por el buen gusto y la magnificencia que en ellos han presidido; y aun puede afirmarse más, y es que Cataluña entera y otras provincias hermanas han respondido al llamamiento que en esta ocasión les dirigió Barcelona, no sólo enviando un contingente de forasteros cual nunca se había visto, sino además facilitando valiosísimos elementos de colaboración para el mayor éxito de lo que Barcelona se proponía hacer.

No es posible, dentro de los límites que nos impone la índole de esta revista, describir detalladamente los espectáculos de todo género que en estos días han podido admirarse en nuestra ciudad, por cual razón no haremos sino dar una ligera idea de los mismos.

En el adorno de las calles que se dis-

putaron los no despreciables premios del Ayuntamiento, la nota dominante ha sido la variedad. La de Fernando, verdaderamente suntuosa, con sus artísticos medallones, sus elegantes guirnaldas de

hierro dorado y su profusión de banderas; las Ramblas, cuya iluminación con lámparas incandescentes figurando flores, colocadas entre los árboles, era de un efecto maravilloso; la de la Unión, con su inmenso velárium con las cuatro barras catalanas, sus columnatas en que se apoyaban enormes canguros, sus plantas tropicales, sus heraldos y sus escudos; la de la Boquería, convertida en inmenso bazar japonés, con su bellissimo quiosco de entrada, sus jarrones y su profusión de sombrillas, abanicos, carátulas y figuras grotescas, todo extraordinariamente típico; la de la Puertaferriosa, con la reproducción exacta de la antigua puerta á que debe su nombre, sus tederos, sus tapices, sus escudos y emblemas heráldicos; la del Carmen, con su monumental y originalísimo arco de entrada; la del Conde del Asalto, con sus característicos arcos de entrada y salida simulando puertas de fortaleza, sus arcos de follaje, sus gallardetes y guirnaldas; la de la Canuda, con sus paños de estilo Luis XV y sus medallones en que estaban pintados todos los medios de locomoción, desde los más primitivos á los más modernos; la de Santa Ana, con sus tapices medioevales; la de Escudillers, con sus farolas de hierro forjado figurando escudos heráldicos y sus artísticos medallones; la de Tallers, con su bonito arco alegórico del pasado de esta calle; la Condal, con sus bellísimos arcos de entrada y salida; la calle Ancha, con sus elegantes velárium y salomones y su grandiosa corona imitación de la de la Virgen de la Merced; la de la Platería, con sus cartelas figurando artísticas y magníficas joyas de estilo modernista; la de Mercaders convertida en una riera bordeada de árboles y con una pequeña cascada en el fondo; la de Barbará, con sus salomones góticos; la de Poniente, simulando una fábrica; la de Brossolí, convertida en pasaje en cuyo fondo se veían diminutas reproducciones exactas de las Casas Consistoriales, de la cascada del Parque y de la estatua de Nuestra



Parte posterior de la carroza del Círculo de la Unión Mercantil



BARCELONA. - FIESTAS DE LA MERCED. - CABALGATA HISTÓRICO-ARTÍSTICA. - CARROZA DEL FOMENTO DE LA PRODUCCIÓN NACIONAL (de fotografía de Laureano)

Señora de la Merced que corona la cúpula de la iglesia de su nombre; la del Hospital, con su esbelto arco de entrada, sus escudos, banderas y guirnaldas; la de San Ramón, con su profusión de guirnaldas, banderas y gallardetes; la del Correo Viejo, convertida en jardín con una bonita cascada; el pasaje de la Virreina, con sus alegorías de la industria y del comercio; las de Sadurní, Espalter, Robador, Montserrat, Arco del Teatro, Claveguera, Baños Nuevos, Sitjas, Carders, Corders, Bot, Dou, Fortuny y muchas más, caprichosamente adornadas con toldos de papeles recortados unas, con follaje otras, todas estas calles espléndidamente iluminadas producían grandísimo efecto y acreditaban, cada una en su género, el buen gusto de los que habían dirigido su ornamentación.

Por su originalidad y por su propiedad llamó la atención particularmente la plaza de Sepúlveda, convertida en *masía catalana*, con su huerto, su era, su noria, sus corrales, su gallinero, su cocina, es decir, con todos los detalles que pudiera desear el payés más exigente.

La mayoría de edificios públicos y gran número de particulares adornaron e iluminaron sus fachadas; entre los que más llamaron la atención citaremos la Diputación Provincial, el Ayuntamiento, el Casino Mercantil, el Banco Hispano-Colonial, la Catalana del gas, el gas Lebón, el Fomento del Trabajo Nacional, el Banco de España, el Credit Lyonnais, los grandes almacenes de El Siglo, la casa del marqués de Comillas, la camisería de Francisco Aurigema,

la tienda de hierros artísticos de los Sres. Santamaría, «La Veu de Catalunya», las fotografías de Napoleón, Puig y Mateos, las joyerías Isla de Panay y El Regulador, el Club Velocipédico, Centro de Panaderos, el Hotel de Inglaterra, el Palacio episcopal y las iglesias de la Merced, San Jaime, Pino y Santa María.

Hubo fiestas de todas clases y para todos los

consiguiendo grandes aplausos; verificóse un concurso de bomberos, en el que se demostró una vez más la buena organización de este cuerpo en nuestra ciudad; celebráronse concursos de coplas ampurdanesas y de sardanas, retreta militar y festival infantil en el Parque, y se dispararon varios magníficos castillos de fuegos artificiales.

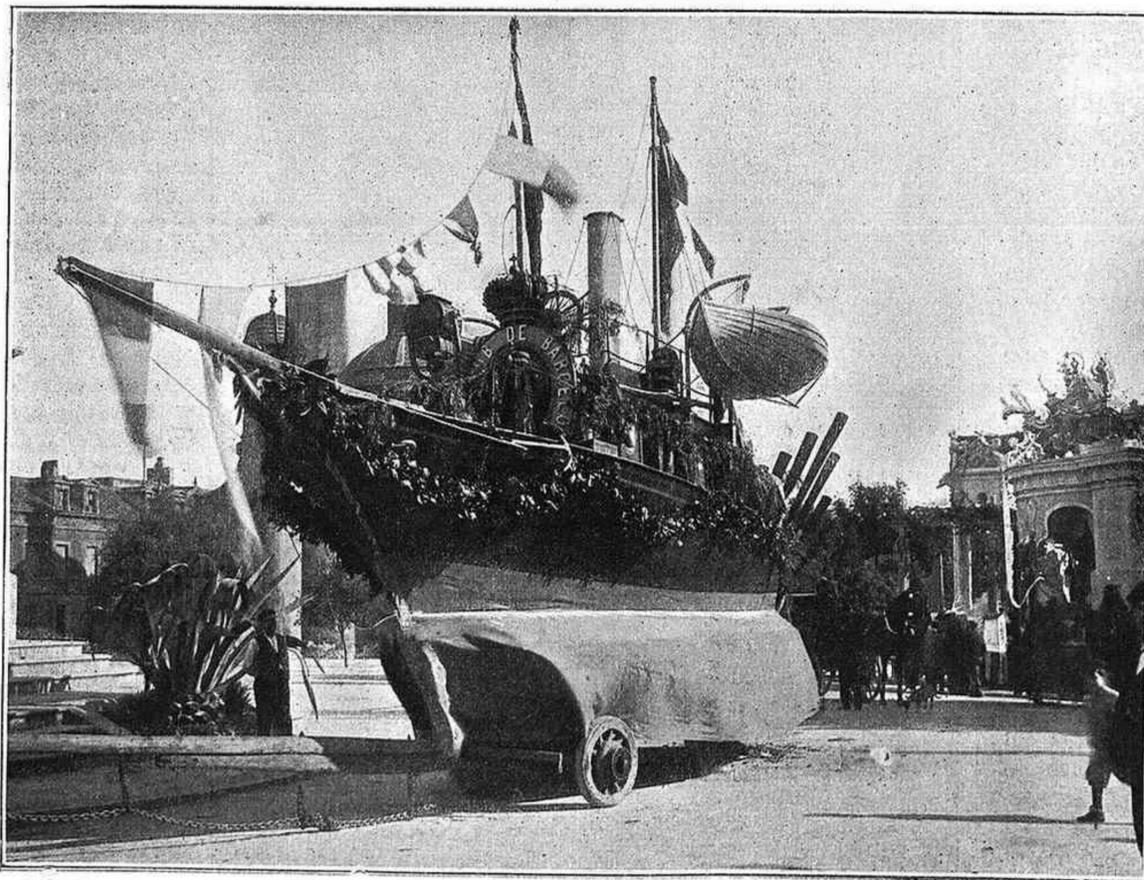
Durante los días de las fiestas hizo las delicias de

la gente menuda el batallón infantil de voluntarios de Africa, perfectamente equipado y organizado militarmente, que ejecutaba con gran precisión distintas evoluciones y maniobras.

Para los amantes de las bellas artes han tenido grandísima importancia la inauguración de la Exposición de Arte antiguo y la del Museo de Artes decorativas. Hállase instalada la primera en el Palacio de Bellas Artes y en ella se han reunido numerosos y valiosísimos ejemplares, facilitados por corporaciones y particulares de toda Cataluña, que forman un tesoro artístico de una riqueza y de un valor histórico incalculables. Como nos proponemos ocuparnos detalladamente de esta exposición más adelante, omitimos entrar en pormenores acerca de la misma.

El Museo de Artes decorativas se ha instala-

do con carácter permanente en el Palacio Real del Parque y contiene gran número de objetos, originales unos, reproducciones otros, nacionales y extranjeros, de cerámica, vidriería, metalistería, indumentaria, tapices, armaduras, medallas, monedas, muebles, marfiles; constituyendo un conjunto tan



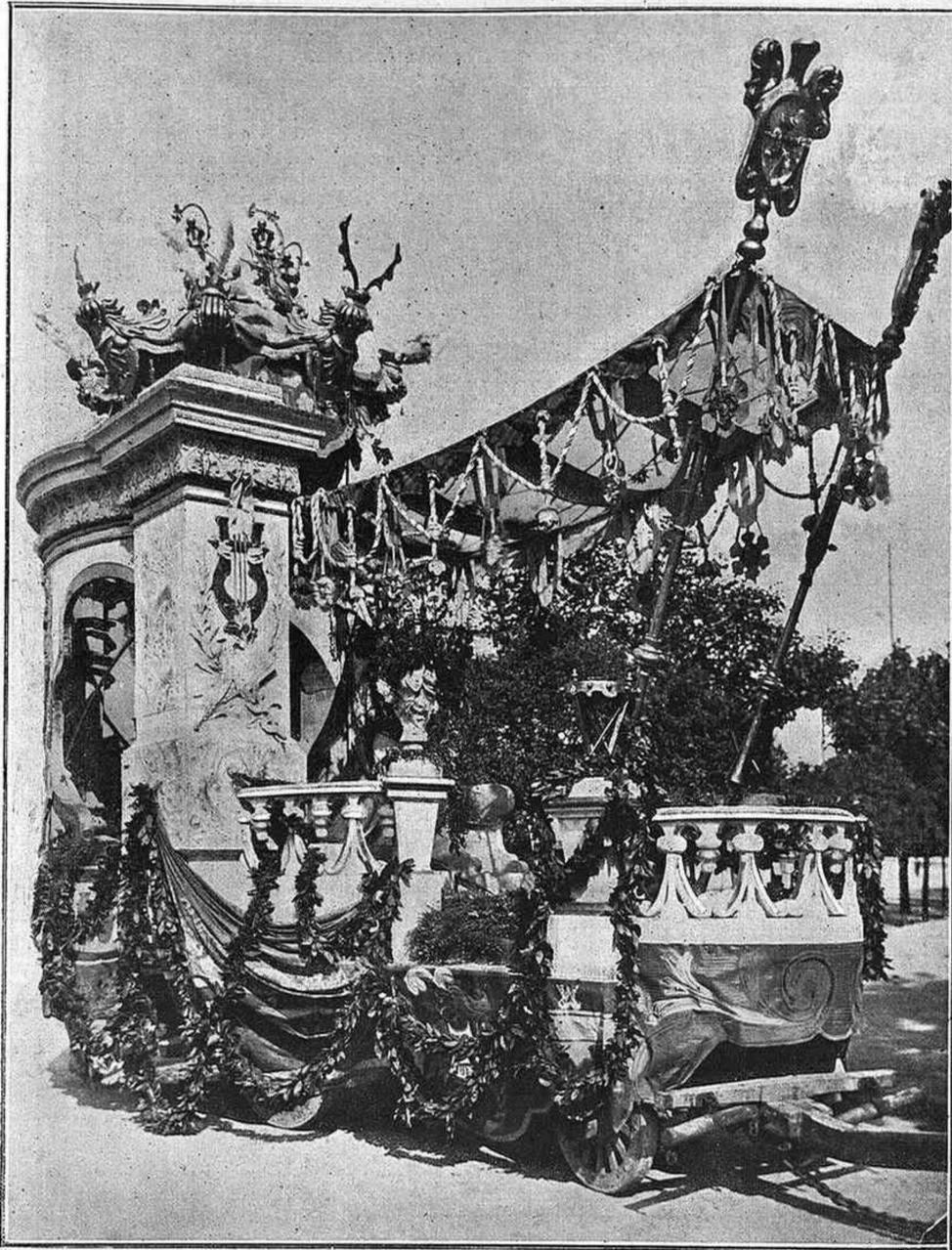
BARCELONA. - CABALGATA HISTÓRICO-ARTÍSTICA. - CARRO DEL CLUB DE REGATAS (de fotografía de Laureano)

gustos. La Unión Velocipédica, la Federación Gimnástica y el Real Club de Regatas organizaron distintos espectáculos deportivos en el parque y en el puerto; el Orfeo Catalá dió dos notables conciertos que obtuvieron un éxito extraordinario; la Federación de los Coros de Clavé celebró dos festivales,



BARCELONA.—Fiestas de la Merced.— La cabalgata histórico-artística-industrial, composición y dibujo de Nicanor Vázquez

notable y tan interesante, que aunque de las pasadas fiestas no quedara como cosa definitiva más que la fundación de este museo, merecería el aplauso y la gratitud de los barceloneses la comisión que ha llevado á cabo tan levantada idea.



BARCELONA. — FIESTAS DE LA MERCED. — CABALGATA HISTÓRICO-ARTÍSTICA-INDUSTRIAL. CARROZA DEL «NIU GUERRER» (de fotografía de Laureano)

En la Galería de Catalanes ilustres se colocaron los retratos del prelado Excmo. Sr. D. Félix Torres Amat, el sabio filósofo y escritor que cuenta en el número de sus obras la importante traducción de la Biblia, y el de D. Antonio Franch, jefe de los somatenes de Igualada que tanta gloria alcanzaron durante la guerra de la Independencia y sobre todo en la memorable jornada del Bruch. Las memorias necrológicas escritas por D. Mariano Batllés y Beltrán de Lys y D. Francisco Barado respectivamente, son dos trabajos notabilísimos que fueron con justicia muy aplaudidos.

En extremo interesantes resultaron los festivales celebrados en el Palacio de Bellas Artes: en ellos, las comparsas valencianas, aragonesas y catalanas ejecutaron varios espectáculos típicos de sus respectivas regiones, como el baile mímico *Un casament en la horta*, la jota, las sardanas y *El ball del ciri*; la banda municipal, el orfeón «Catalunya Nova» y la «Societè Philharmonique» de Mirande tomaron también parte en estos festivales, que fueron indudablemente una de las notas más simpáticas de las fiestas de la Merced.

En el propio palacio de Bellas Artes, se celebró el baile de etiqueta organizado por el Ayuntamiento: el salón central estaba rica y elegantemente adornado, y la concurrencia fué numerosa y distinguida.

El concurso de gigantes fué una fiesta en extremo típica, habiendo acudido al mismo los gigantes, cabezudos, monstruos y comparsas del castillo de los Muntaners de Santa Florentina de Canet de Mar, Tárrega, Badalona, La Bisbal, Igualada, Arbós, Sitjes, Lérida, Villanueva, Mataró, Valls, Vich, Berga, Olot, Manresa, Tortosa y Villafranca. Los premios fueron adjudicados en la forma siguiente: medalla de oro y 1.000 pesetas al grupo de Canet de Mar; medallas de oro á los de Manresa y Berga; medalla de oro y gran diploma de honor al de Villanueva; medalla de oro y 200 pesetas á los gigantes del Ayuntamiento de Olot; medallas de plata á los de Mataró, Arbós, cofradía de la Santa Infancia de Lérida, y á los de la «Associació de Sant Lluch del Art Cristià» de Olot; medalla de oro y 250 pesetas á los de Vich; medallas de plata á los de Sitjes y de la ciudad de Lérida, y accésit con diploma á los de Valls.

Digno remate de las fiestas fué la suntuosa cabalgata histórico-artístico-industrial organizada por el Ayuntamiento bajo la dirección de D. Miguel Utrillo y con la cooperación de las más importantes sociedades y de varios industriales de esta capital. Este número del programa, en su conjunto y en sus detalles, fué de imponderable magnificencia, de un gusto y de una riqueza extraordinarios, no siendo aventurado afirmar que pocos espectáculos análogos se habrán celebrado en parte alguna con tanto lucimiento como el que puso término á los festejos de la Merced.

En la imposibilidad de describir detalladamente los numerosos elementos que componían la cabalgata, nos habremos de concretar á hacer de ellos una enumeración somera.

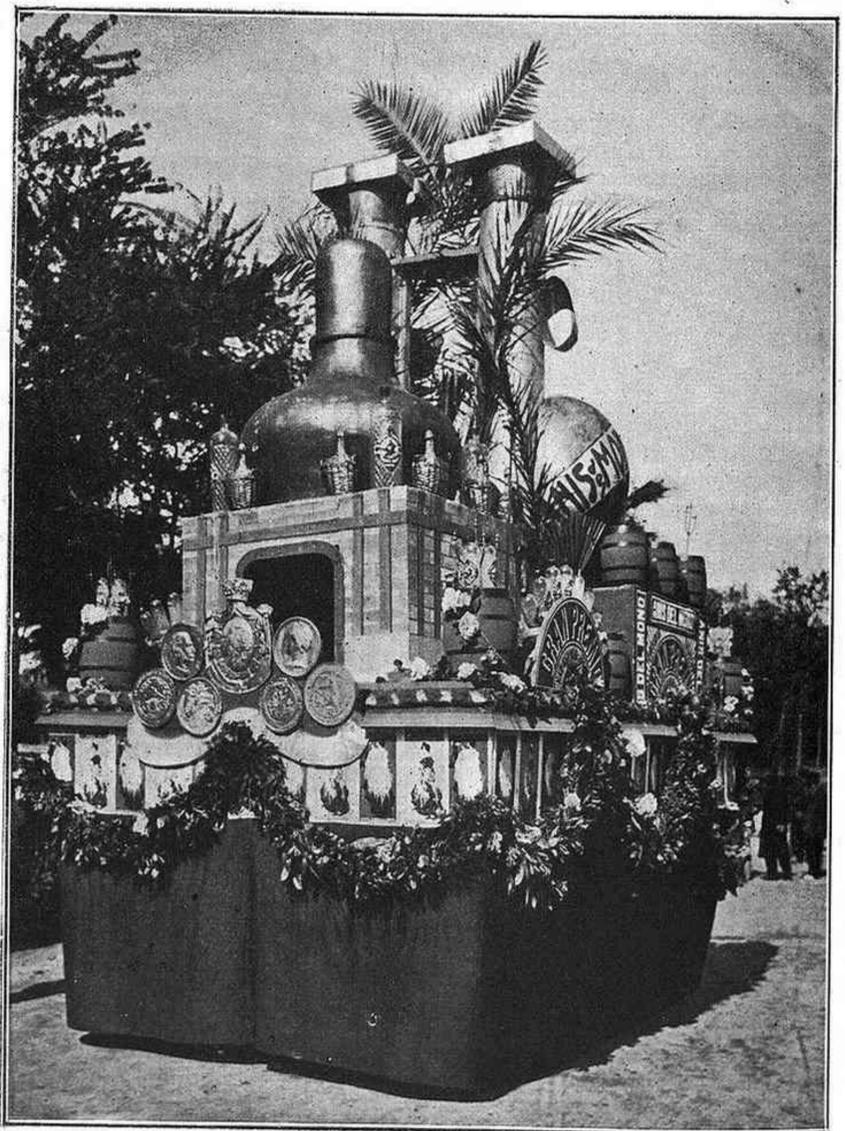
La parte histórica, que corrió á cargo del Ayuntamiento, abarcaba desde los tiempos primitivos hasta la Edad moderna. La Edad de piedra estaba representada por treinta hombres vestidos con pieles, armados con toscas armas y tocando cuernos marinos de gran tamaño. Seguían numerosos guerreros cartagineses con varios elefantes, dos de ellos montados por Aníbal y Amílcar Barca; luego un centurión romano, el carro de la loba que, según la leyenda, alimentó á Rómulo y á Remo, una cuadriga, dos literas con damas romanas conducidas por esclavos, otra litera con Escipión, y una catapulta con varios guerreros. Como representación de la Edad media figuraban un centenar de almogávares, el emperador Carlomagno bajo palio, que sostenían ocho caballeros nobles, y acompañado de veinticuatro caballeros, todos rica y propiamente vestidos, la notabilísima comparsa de Canet de Mar y una carabela catalana.

Después de esta sección histórica, iba el dragón de *La Veu de Catalunya*, de 35 metros de largo, precedido de un guerrero cubierto con rica y auténtica armadura, tras del cual y conducida en una litera se veía una doncella, figurando ser la que el caballero libertó de las garras del monstruo.

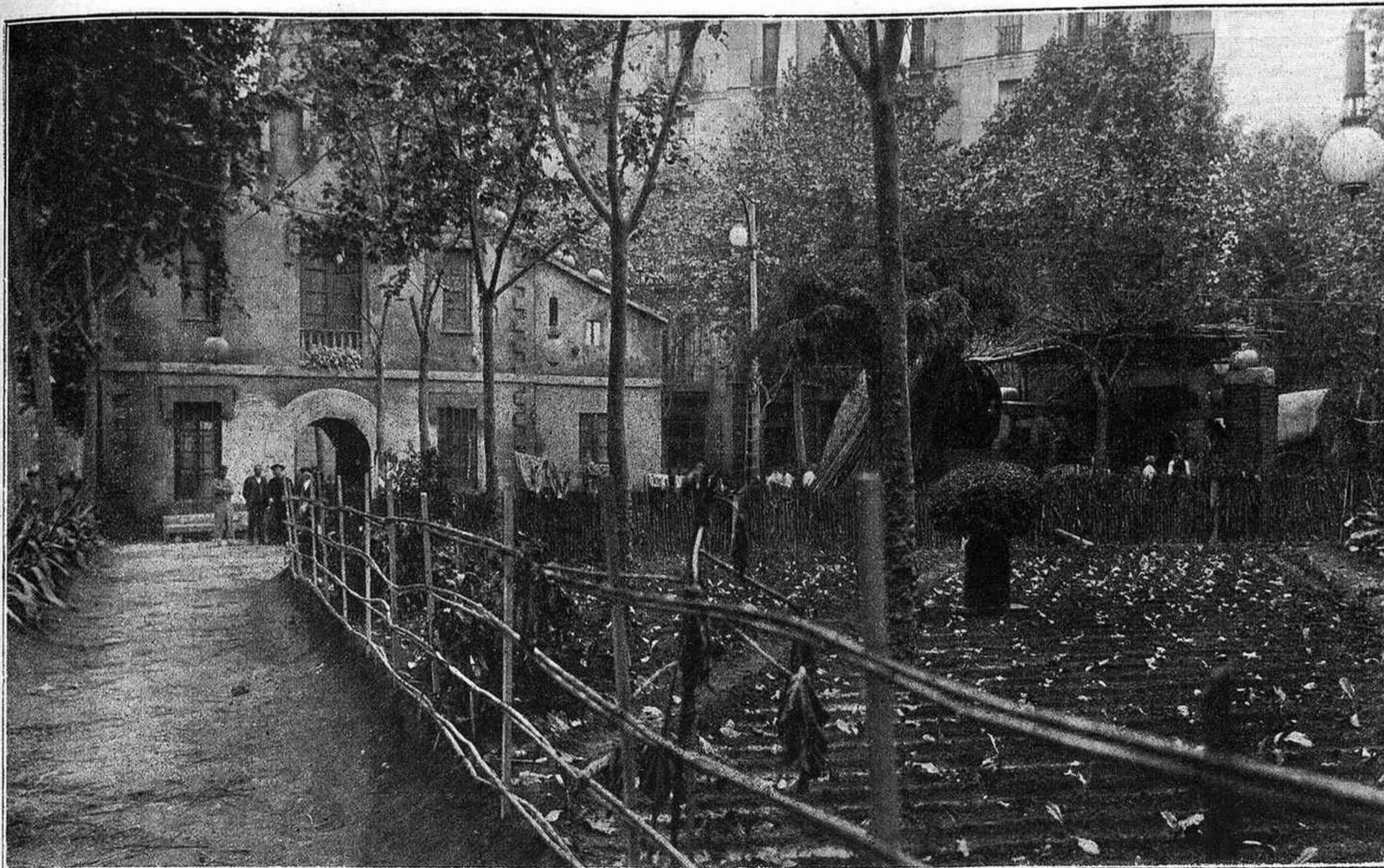
Seguían luego las carrozas que simbolizaban la época moderna y que se distinguían por su originalidad unas, por su carácter artístico otras, por su belleza todas. Entre ellas llamaron especialmente la atención la del Fomento de la Producción nacional, grandioso globo terráqueo con atributos de la industria y del comercio, tirado por gigantesco monstruo; la del Círculo de la Unión Mercantil, con símbolos del trabajo, de la industria y del comercio, representados por hermosas jóvenes ricamente ataviadas, é iluminada con profusión de luces eléctricas; la del «Niu Guerrer», una alegoría del Teatro; la del Club de Regatas, gran embarcación con numerosas bombillas eléctricas y un poderoso reflector; la de la Asociación cooperativa de amos fondistas, adornada con artículos de comer y beber; la del champagne Mercier, una colosal botella de champagne y la figura de Baco coronado de pámpanos; la del Instituto Agrícola Catalán de San Isidro, hermosa alegoría de la agricultura; la de la Liga de Defensa Industrial y Comercial, con atributos de la industria y del comercio; las del semanario satírico *Cu-Cull*, del Anís del Mono, del gremio de confiteros, de los Sres. Esteve y Subirana, J. Casanovas, C. Pons, P. Bordas, S. Mas y J. Gallart.

Cerraba la cabalgata, en la que figuraban además multitud de comparsas y trofeos, la carroza de Barcelona, de grandioso y artístico aspecto, en la que se veían el busto del inolvidable Rius y Taulet y una estatua colosal que personificaba nuestra ciudad separando unas rocas, tras de las cuales aparecía la Barcelona del porvenir.

En resumen, las fiestas han sido dignas de nuestra capital y han merecido unánimes y entusiastas aplausos, de los que buena parte corresponde á la comisión organizadora, á la cual, como á todos los que al mayor esplendor de los festejos han contribuido, se complace en felicitar muy sinceramente LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. — X.



FIESTAS DE LA MERCED. — CABALGATA HISTÓRICO-ARTÍSTICA-INDUSTRIAL. CARROZA DEL «ANÍS DEL MONO» (de fotografía de Laureano)



BARCELONA. - FIESTAS DE LA MERCED. - LA «MASÍA» CATALANA DE LA PLAZA DE SEPÚLVEDA (de fotografía de Laureano)

EL CIGARRO PROPIO

(RECUERDOS DE UN CURIAL VIEJO)

Fernández, aquel que cuando yo estudiaba el segundo año de la carrera de Leyes ya me había enseñado a doblar el papel sellado en tres dobleces y lo que es más, todo el formulario forense de viva voz; aquel hombre chiquirritillo y vivaracho, que á cinco metros leía un escrito puesto de frente á quien lo escribía, esto es, del revés; aquel viejecillo con apariencias de jovencito meritorio de alguna escribanía mal dotada, y que sin embargo, ó quizás debido á los muchos embargos y ejecuciones que había realizado, tenía buena renta aunque pareciese un pobrete, si no hubiera sido por los dos magníficos brillantes solitarios que lucía en sus manos, era un sujeto «con más conchas que un galápago,» como decía la *señá* Paca, «fiadora» á la sazón de lo más renombrado y florido de la ciudad.

Pues bien: Fernández, me parece que lo estoy viendo, aquella noche del 1.º de enero estaba dado á Satanás, que es á lo que peor puede darse un curial viejo.

[No poder él, todo el señor Fernández, ir á festejar la entrada de un año yendo de broma con sus amigos ó amigas, que él buenas las tenía del juzgado y era además soltero; no poder apurar buen Valdepeñas de aquel que tanto le gustaba y que á veces le hizo torcer el renglón de una providencia que iba saliéndole como litografiada, y tener que estar allí en el estrecho cuartucho del juzgado de guardia esperando que «cayese piezal...»

Aquello era para desesperarse; pero al juzgado del distrito del Sur correspondió aquel año esperar en funciones á co-ger por su cuenta al primer delincuente que inaugurase la nueva estadísticacriminal, y allí estaba mi hombre dando cabezadas y refunfuñando entre dienes, parte por el fastidio, parte por

el exceso que en honor del día había efectuado en la cena, cuando tuve que zarandearle porque el señor juez le llamaba con toda urgencia.

Pronto estuvo tan despierto como yo y pasó al despacho del magistrado.

Poco después, y tras de oír idas y venidas, fuertes pisadas de guardias y agentes en el entarimado del lóbrego pasillo, Fernández se despidió de mí diciéndome, al tiempo que malhumorado se restregaba los ojos soñolientos:

- No te necesito; es una muerte repentina, natural, la más natural del mundo.

Y luego añadió con intención:

- La de D. Manuel..., me lo figuro. ¡Hasta luego!

Partió solo con el alguacil en el coche de dos caballos que siempre teníamos dispuesto, y yo, por no aburrirme, comencé á coser unos sumarios.

No habría transcurrido media hora, cuando Fernández, que no entró á ver al juez porque «Su Señoría» roncaba como un bendito, regresaba á nuestra habitación con un rollo de papeles sellados en la mano, garrapeados con su lápiz.

- Lo que yo te decía, exclamó arrojando encima de la mesa los papelotes que luego había yo de copiar en limpio y con tinta. Nada, muchacho, el prestamista D. Manuel que al fin ha reventado.

- ¿Y á qué se atribuye?, pregunté á Fernández.

- A nada, hijo, me contestó con su tono protector: los médicos, entre ellos el de la casa de Socorro que yo he mandado ir, dicen que de apoplejía fulminante, pero yo tengo mis sospechas y creo que no ha muerto.

- ¿Está vivo?
- No, es que pienso que le han asesinado.

- Entonces, no es el caso tan baladí como pensaba usted.

- Sí; pero es que el asesino es irresponsable, y además ha cumplido inconscientemente una gran justicia.

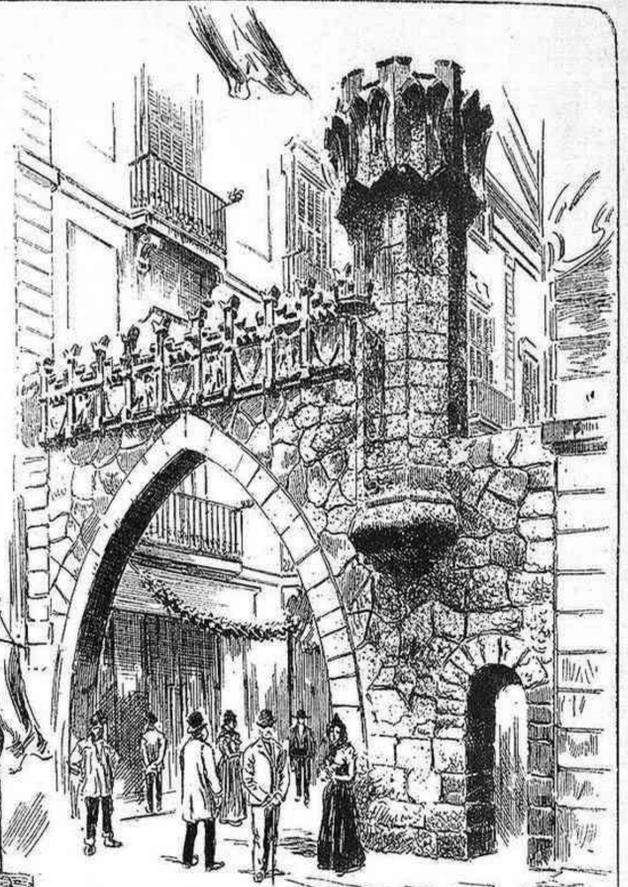
- No comprendo.

- Pues lo entenderás todo: mira una prueba que no se puede unir á los autos, pero que yo he descubierto, aún caliente, junto al cadáver de ese maldito prestamista,

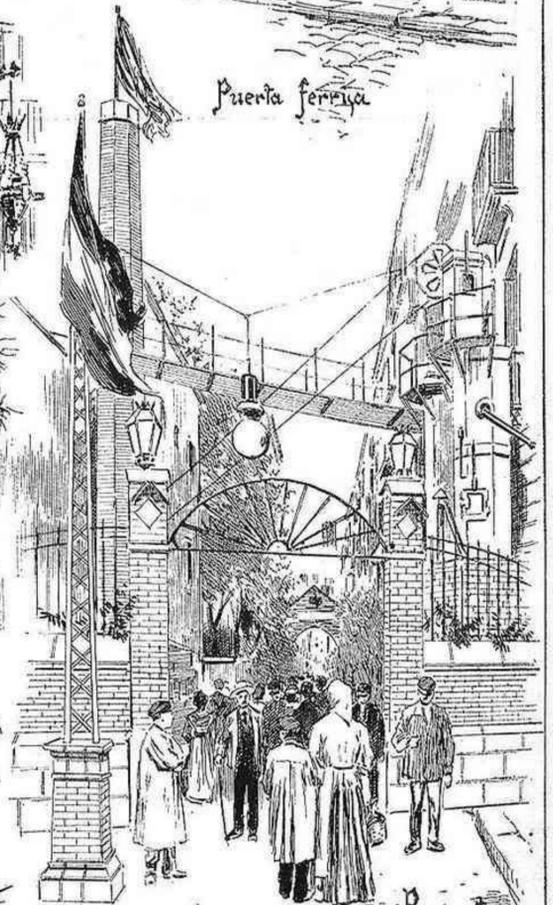


BARCELONA. - CABALGATA HISTÓRICO-ARTÍSTICA-INDUSTRIAL. - CARROZA DEL CHAMPAGNE MERCIER (de fotografía de Laureano)

Batallas infantil



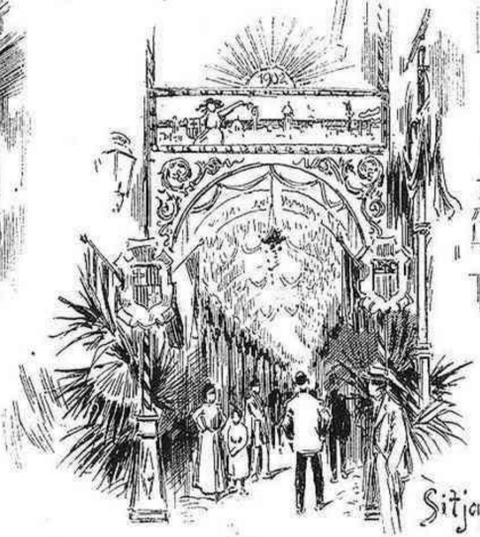
Puerta ferrisa



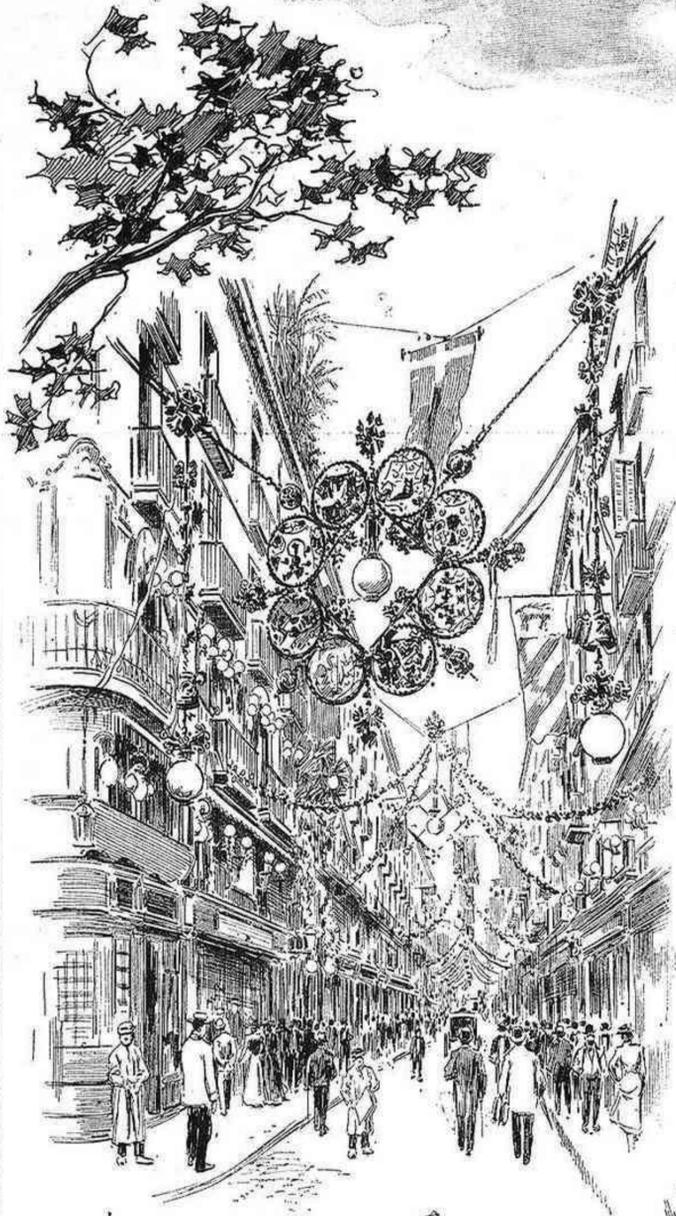
Poniente



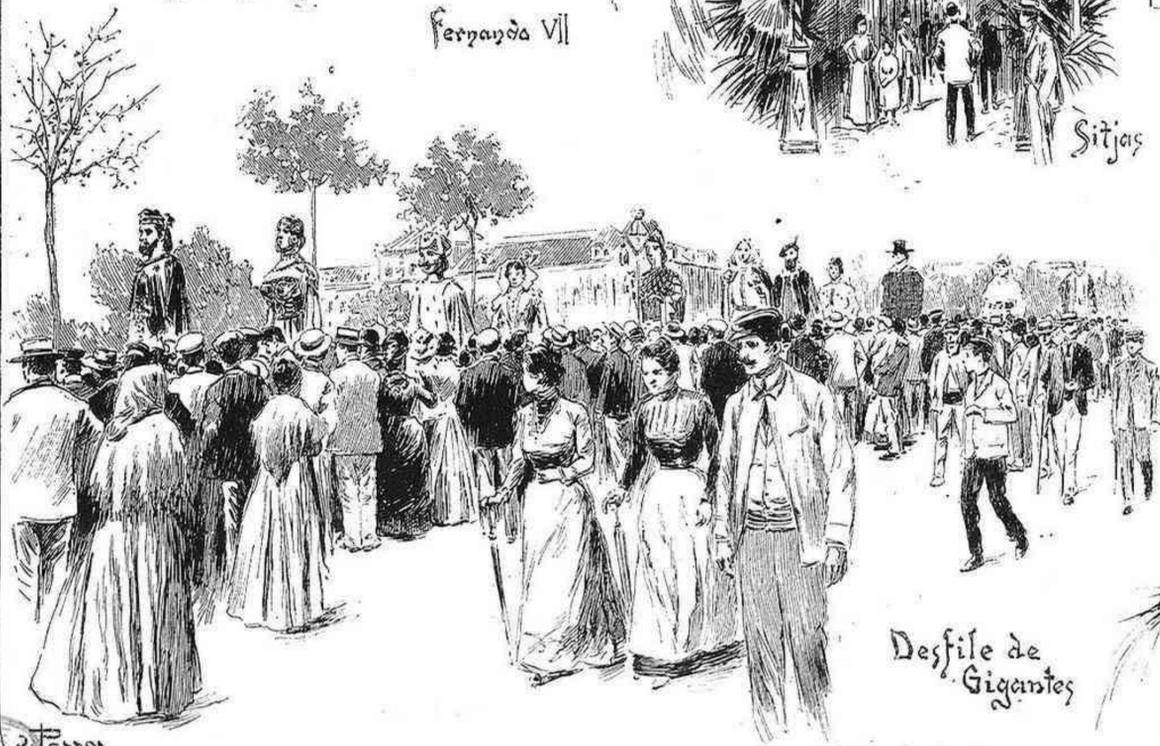
Escudillers



Sitjas



Fernanda VII



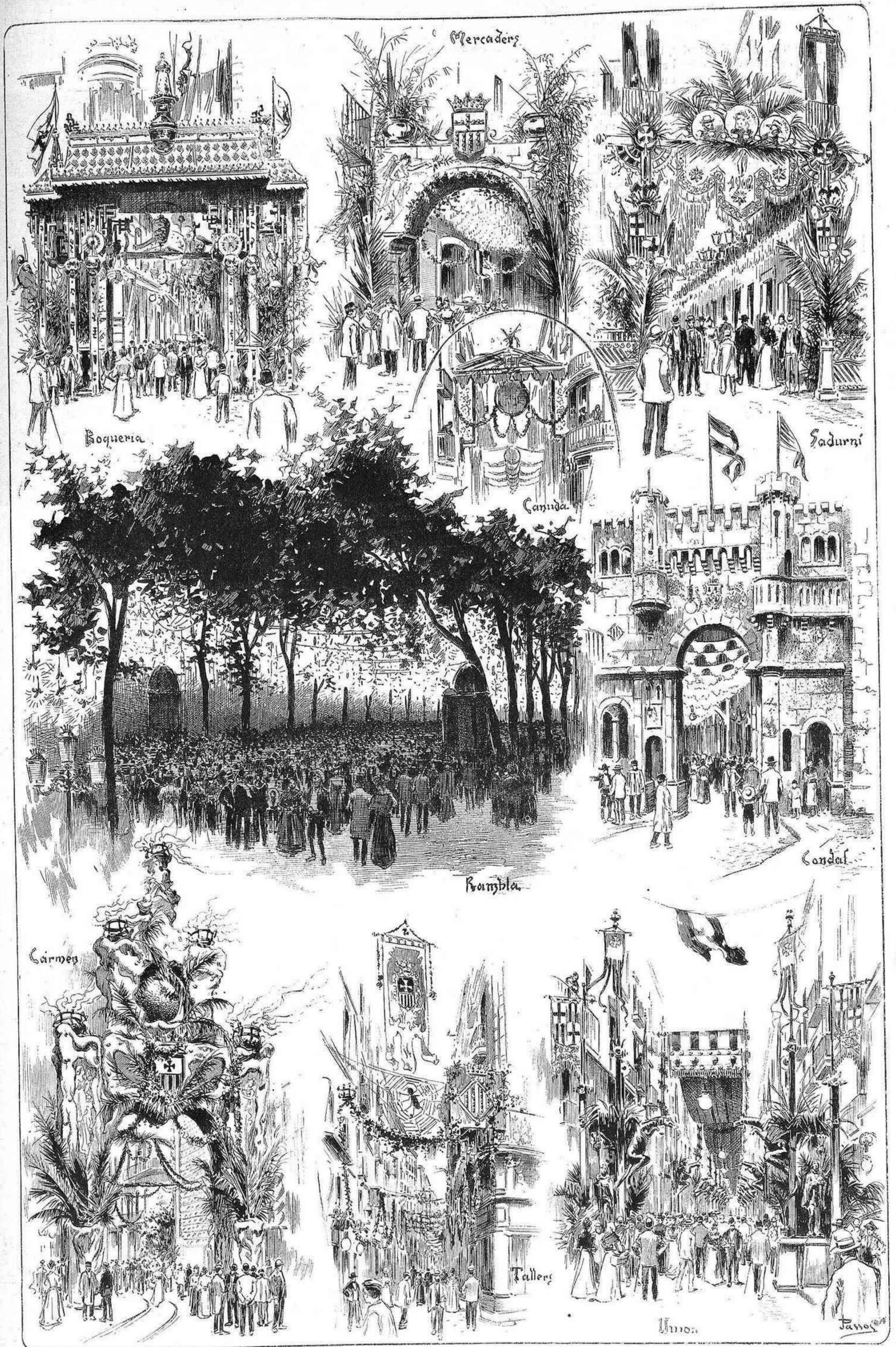
Desfile de Gigantes



Corde del ocalto



BARCELONA.-FIESTAS DE LA MERCED. Composición y dibujo de J. Passos



ATENEU D
BIBLIOTECA
MADRID

BARCELONA.—FIESTAS DE LA MERCED. Composición y dibujo de J. Passos

— ¡A ver, á ver!
Y me enseñó una colilla, como cerca de medio cigarro puro habano, con su vitola intacta.
— Explíquese usted, Sr. Fernández, le dije.
Y él por toda respuesta me endilgó este discurso:
— D. Manuel era un usurero, tenía un capitalazo del que ahora nos enteraremos; era riquísimo, y esto no obstante, fué siempre miserable, muy miserable, hasta el extremo de que, ¡pásmate!, no fumaba más que de colillas, de los restos babosos y repugnantes que arrojábamos los demás: una vez que vino á entregarme una demanda por pago de doce mil duros, se fumó la punta de un pitillo de un guardia de la Veterana... Hoy ha querido hacer un exceso en celebración de su santo; se sentía ya muy viejo, sin herederos, quiso ser gastador, empleó en este cigarro cuatro reales vellón, y este puro, el primero que ha fumado suyo y de precio, le ha matado. ¡Bien muerto está!

Y empezó á dictarme sonriente y satisfecho las anotaciones que en el papel sellado traía apuntadas.

P. GÓMEZ CANDELA.

LA CATÁSTROFE DEL «BRADSKY»

Dos nuevas víctimas han venido á aumentar el martirologio de los aeronautas: el barón de Bradsky, inventor del globo de



EL BARÓN DE BRADSKY

su nombre, y M. Morin, ingeniero electricista que le acompañó en su desgraciada ascensión.

A las siete de la mañana del lunes último abriéronse las puertas del cobertizo en que estaba el Bradsky y que es el mismo de donde el 12 de mayo salió el Pax, cuyos infortunados tripulantes, Severo de Albuquerque y Saché, perecieron en aquella prueba. M. Bradsky, que hacía ocho días esperaba un tiempo calmoso para realizar sus primeros ensayos de navegación aérea, subió al globo en compañía de M. Morin, y después de haber examinado cuidadosamente todas las partes del aparato, hizo evolucionar el aeróstato, antes de soltar las amarras; satisfecho del resultado obtenido, dispúsose á lanzarse á los aires, abrazando entonces á su esposa y estrechando las manos de sus amigos.

Libre el globo y bajo la acción de la hélice ascensional, elevóse majestuosamente tomando la dirección Sur; de pronto una corriente, que no pudo vencer, arrastrólo hacia el Nordeste, y el Bradsky comenzó á describir círculos sucesivos que hicieron creer á los curiosos que maniobraba á voluntad de los pilotos. Llegado á la altura de la plaza de la Opera, torció de repente oblicuamente, dirigiéndose hacia Saint-Denis y Stains, en donde comenzó á descender con lentitud. Indudablemente los aeronautas buscaban un sitio á propósito para tomar tierra; cuando estaban á cierta altura del suelo pararon el motor, y mientras el globo se cernía, preguntaron á un individuo que por allí pasaba el nombre de la localidad y le pidieron que les indicara un punto favorable para el descenso. Contestó aquel sujeto á sus preguntas, y el globo elevóse de nuevo en el espacio en demanda del lugar que para el descenso cómodo había sido indicado.

Eran poco más de las nueve: apenas había recorrido el Bradsky 300 metros, vióse de pronto desprenderse violentamente la barquilla, y mientras el globo, libre de aquel peso, se remontaba rápidamente, aquélla caía con velocidad vertiginosa y se estrellaba contra el suelo aplastando á los dos aeronautas.

Cuantos fueron testigos de la terrible escena sintiéronse de pronto presa del más profundo estupor, mas no tardaron en correr hacia el lugar de la catástrofe: en medio de un campo de patatas, cerca del ferrocarril y junto á la carretera de Gonesse, yacía rota en cien pedazos la navecilla; el armazón, todo él de acero, estaba torcido y los depósitos reventados y únicamente se conservaba intacto el motor.

Los dos aeronautas estaban espantosamente mutilados, con todos los miembros rotos y cubiertos de sangre, habiendo costado no poco trabajo sacar el cuerpo del barón Bradsky, que se hallaba debajo del motor, cuyo peso había aplastado el pecho. El ingeniero Morin, lanzado más lejos, parecía haber sufrido menos los efectos del choque.

Conducidos los cadáveres al comisariado de Saint-Denis, fueron pocas horas después reconocidos por los señores barón de Meyer y Besançon, miembros del aero-club. La noticia de la catástrofe fué comunicada con las debidas precauciones á la esposa del barón Bradsky, que en el despacho de M. Lachambre, constructor del globo, esperaba el resultado de la ascensión y que se vió acometida de una terrible crisis nerviosa cuando supo el desgraciado fin de su esposo.

El barón Bradsky era de origen alemán, había sido secretario de embajada y había estado en la India, en la China y en el Japón; era una inteligencia cultivada y de educación brillante y había hecho su primera ascensión en 1901 y su segunda hace un mes, en el Aero-Club n.º 2. Dueño de una fortuna considerable, y apasionado por la aerostación, deseaba dedicar sus rentas á los descubrimientos aeronáuticos; pero faltó de los necesarios conocimientos y de experiencia suficiente, ha sido víctima de su ignorancia.

M. Morin era un temperamento ardiente y entusiasta; había realizado más ascensiones que M. Bradsky, pero en los centros aeronáuticos se le tenía sólo por un buen piloto.

El aeróstato Bradsky, de forma cilíndrica, medía 34 metros de longitud y tenía seis metros de diámetro; la proa terminaba en un cono de ocho metros de alto y la popa en otro de cuatro metros. La viga armada, de 17'50 metros de largo, era de tubos de acero y sostenía una barquilla de cinco metros, cuyo centro de gravedad variaba con los movimientos de los aeronautas que iban en ella. El peso de esta armazón, incluidos los árboles de transmisión, era de 150 kilogramos. Un motor de 16 caballos, de cuatro cilindros, hacía mover la hélice propulsora, cuyo diámetro era de cuatro metros y que daba 350 vueltas; esta hélice estaba colocada en la popa del globo, lo mismo que el timón de eje vertical, cuya superficie era de 4'50 metros cuadrados. El equilibrio vertical del aeróstato estaba asegurado por una hélice fijada debajo de la navecilla, que daba de 400 á 500 vueltas y que tenía un diámetro de 2'50 metros. Debajo del ecuador del globo había fijados unos planos de 12 metros de largo por 1'50 de ancho que servían para hacer variar á voluntad, simultáneamente con la hélice de eje vertical, el equilibrio del aeróstato. Toda esta armazón estaba suspendida del globo por cables de acero, cuya resistencia no ha respondido á la confianza que en ella tenían los aeronautas, los cuales habían establecido la suspensión á capricho, por decirlo así, cuando en estas cosas hay que proceder geoméricamente y después de muchos cálculos y ensayos. De ello resultó que los alambres trabajaron de una manera desigual soportando en unos puntos excesivo peso y en otros demasiado poco.

Además de esta imprudencia grave, los aeronautas cometieron durante la ascensión varias faltas que demostraban su inexperiencia. Cuando pasaban por encima del liceo Condorcet, se les vió de pronto colocarse en la popa; el globo se inclinó con la proa levantada y se elevó oblicuamente, y la navecilla deslízóse hacia atrás, con lo que las cuerdas de suspensión de la popa hubieron de sostener todo el peso y resistir á todo el esfuerzo, quedando sometidas á tracciones y torsiones extraordinarias, bajo la acción de la hélice fijada en la barquilla y del timón que llevaba el globo. Entonces comenzaron á romperse los alambres y se produjo la catástrofe final.

La caída de los dos desgraciados debió durar cuatro ó cinco segundos.

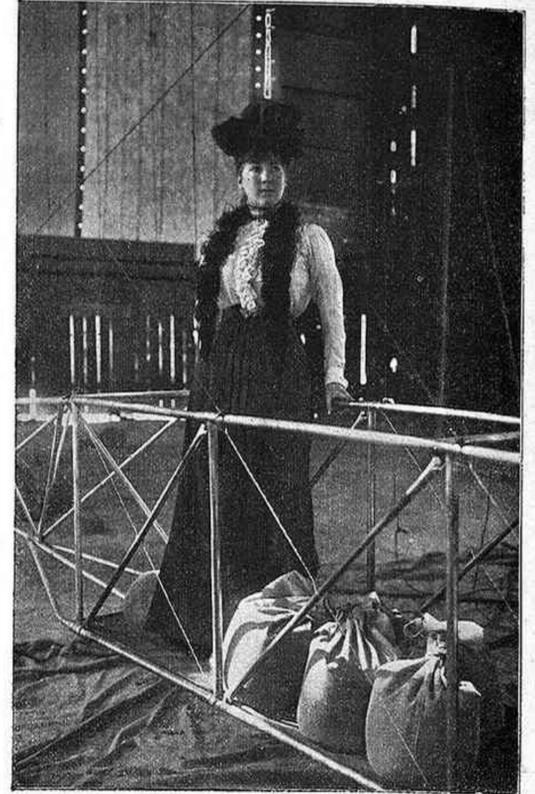
El globo, al desprenderse la barquilla, elevóse rápidamente, quedó un rato como inmóvil sobre el sitio de la catástrofe, hasta que, empujado por una corriente, pasó por encima de París, yendo á caer á las diez de la mañana en Ozoir-la-Ferrière.

El barón de Bradsky contaba 36 años; M. Morin, cuarenta y cinco.

La noche misma del día del funesto accidente, el conocido aeronauta Santos-Dumont, hablando con un redactor del Figaro de París, le decía:

— «Desgraciadamente esta catástrofe estaba prevista. M. de Bradsky no era aeronauta y estableció la suspensión de su barquilla á ojo, falta que ha pagado con su vida. ¿Servirá esto de lección á los que se lanzan á resolver el problema de la

— ¿Y por qué?, respondió Santos-Dumont extrañado de tal pregunta. Dentro de quince días estaré dispuesto á partir, y partiré del mismo cobertizo de donde ha salido el barón de Bradsky. Entonces se verá si es que ese cobertizo tiene mala sombra.» — R.

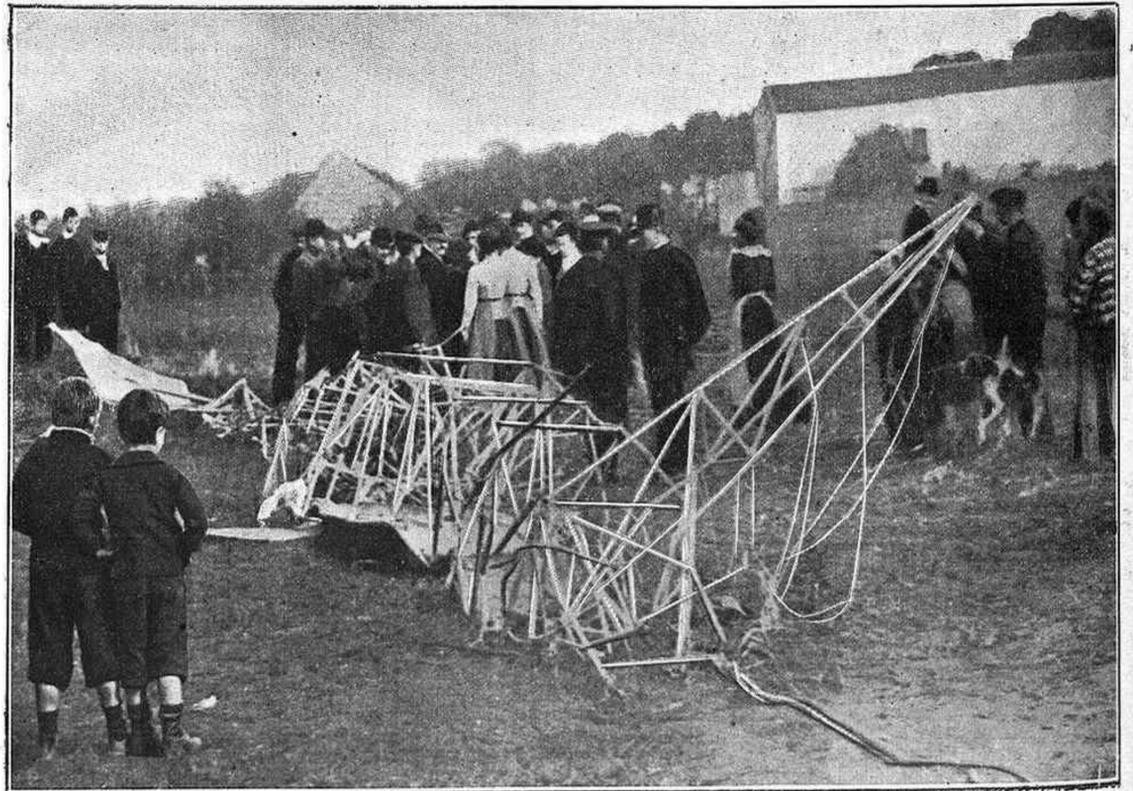


LA BARONESA DE BRADSKY

NUESTROS GRABADOS

El zagal, cuadro de Andrés Solá y Vidal.— En el número anterior dimos á conocer á nuestros lectores una sentida producción del malogrado pintor y amigo querido Andrés Solá y Vidal, que figuró entre las que constituyeron la exhibición que en su honor se organizó en el Salón de exposiciones del Círculo Artístico de nuestra ciudad. Entre ellas figuraba también la que hoy reproducimos, que perteneciente á diverso género que la anterior, ofrece la ventaja de ser una de las más bellas manifestaciones de la escuela ruralista, en que tanto se distinguió aquel artista, que tantos triunfos le reservaba el porvenir.

Jarrones de mayólica de la fábrica Villeroy y Boch.— La cerámica ha figurado en todos tiempos en el número de las más importantes industrias artísticas, y los pintores más ilustres no se han desdiseñado de adornar con admirables composiciones los objetos que esta industria produce. En la actualidad, gracias á los progresos que en esta como en todas las fabricaciones se han introducido, la cerámica artística se ha vulgarizado extraordinariamente, y aun las piezas más modestas y más al alcance de todas las fortunas tienen un sello de elegancia y de buen gusto que las hace dignas de los mayores elogios. Entre las más importantes fábricas de fundación moderna cuéntanse las que la casa Villeroy y Boch tiene esta-



PARÍS. — LA CATÁSTROFE DEL AERÓSTATO «BRADSKY»

dirección de los globos, antes de haber aprendido el oficio de aeronauta en globo libre? Así debemos esperarlo.

— ¿Será causa esta catástrofe de que aplice usted sus proyectos?, preguntóle el periodista.

blecidas en Dresde, Schramberg, Mettlach y Wallerfangen: los ejemplares que reproducimos en la página 696 demuestran el grado de adelanto que han alcanzado, así en la perfección de la factura como en punto á la ornamentación.

VÍA LIBRE

NOVELA ORIGINAL DE E. WERNER.— ILUSTRACIONES DE ANTONIO BONAMORE

(CONTINUACIÓN)

— Es verdad; en cambio, ¿has visto cuán pálida, seria y silenciosa estaba Cecilia? Una recién casada feliz debe tener otro aspecto muy distinto del suyo.

Wildenrod, que con la mirada había seguido á su hermana hasta la puerta, tenía el semblante hosco, pero al oír la observación de Maya encogióse de hombros y con tono indiferente repuso:

— Está fatigada y nerviosa..., ¿sabes que ha sido muy largo el cortejo? Y la pobre Cecilia no ha podido moverse hasta el final.

— No, dijo Maya poniendo cara de niña seria. Enrique dice que se trata de alguna otra cosa que tratará de averiguar.

— ¿Qué es lo que quiere averiguar Enrique?, preguntó Oscar tan bruscamente que la joven le miró sorprendida.

— Tal vez diré una tontería, pero á mi regreso se lamentó del cambio experimentado por Cecilia en estas últimas semanas. Díjome que tu hermana parecía agobiada por algún padecimiento moral, y me encargó que la interrogase y que procurara descubrir algo. Lo he intentado para darle gusto, pero no he conseguido saber nada, pues no he podido sacarle una palabra. ¡Y á Enrique le ha dolido esto tanto!

Oscar se mordió los labios y puso un semblante que asustó á la joven; pero cuando observó la interrogadora mirada de Maya echóse á reír.

— Con este cariño exagerado y suspicaz Enrique hará desgraciada á la pobre Cecilia. Afortunadamente mi hermana es superior á estas exageraciones y sabrá reírse de los enfados de su esposo.

La música del primer vals interrumpió el diálogo: un joven oficial que tenía comprometido el baile con la señorita de la casa, fué á buscar á su pareja, y Maya se alejó gozosa, si bien dirigiendo á menudo la mirada al sitio en donde había dejado al barón. Poco después, empero, ya no le vió y le buscó en vano con los ojos por el salón: Oscar había desaparecido.

Enrique había acompañado á Cecilia á su cuarto y se había dirigido luego al suyo para ponerse el traje de viaje; cuando estuvo listo, vió que faltaba todavía media hora para la marcha y pensó aprovecharla yendo á charlar un rato libremente con su mujer, pues desde la mañana no había podido estar un momento á solas con ella.

Impaciente, feliz porque se encontraba bien, salió apresuradamente de su habitación; pero al llegar al pie de la escalera se detuvo para contemplar, al través del vestíbulo, aquel magnífico paisaje iluminado

por los rayos del sol poniente... De las minas, en donde celebraban gran fiesta los obreros, llegaban los acordes de las músicas, los vivas de la alegre muchedumbre; y de la sala de baile, en donde la

ninguno utilizaba; abrióla y entró en el cuarto de su cuñado, que estaba vacío. Disponíase á llamar, cuando oyó la voz de Wildenrod y entonces se detuvo unos instantes en medio de la estancia.

Los dos hermanos querían probablemente despedirse sin testigos y Enrique no quiso estorbarles en aquel momento. ¿Pero qué ruido era aquél? Oíase la voz de Oscar, áspera y amenazadora y luego una explosión de sollozos desesperados... ¿Era la voz de Cecilia? ¡Oh, no; no podía ser su mujer la que tan desconsoladamente lloraba! Enrique palideció, sintiendo correr por sus venas el hielo del presentimiento de una desgracia.

Las palabras de Oscar llegaban claramente al través de la puerta á los oídos de Enrique.

— ¡Vamos, cálmate, Cecilia! ¡Sé razonable, procura dominarte! Piensa que has de volver entre la gente; piensa que Enrique puede venir de un momento á otro. ¡Vamos, cálmate!

Nadie le contestó: no se oyó más que aquel llanto convulso, desconsolado.

— Ya me temía algo semejante, y por esto he venido á buscarte; pero no esperaba esta escena. Cecilia, ¿me oyes? ¡Cálmate!

— No puedo, respondía la joven ahogándose. Déjame, Oscar. He tenido que sonreír, que mentir todo el día... y ahora habré de fingir de nuevo, sola con Enrique... ¡Oh, Dios mío, Dios mío! Me muero si ahora al menos no lloro.

El hermano comprendió que con el tono imperioso nada conseguiría, y cambiando de voz prosiguió diciendo con dulzura:

— He aquí el defecto de tu carácter, tu habitual impetuosidad exagerada; y has de comprender que no es este el momento oportuno

para desoir las razones. He hecho todo lo posible para asegurar tu felicidad y tú...

— ¡Mi felicidad!, repitió Cecilia con profunda amargura. ¿A qué mentir, Oscar? Estamos solos y podemos una vez siquiera hablar claro. Has podido engañarme mientras he sido una muchacha atolondrada, pero bien sabes el día en que me abrieron los ojos. ¿Quieres saber la verdad? Cuando pusiste tanto empeño en prometerme á Enrique, no tenías otra mira que preparar el camino de tu fortuna..., querías llegar á ser dueño de Odenberg y yo fui tu instrumento..., tu víctima.

— Admitamos que tuviera yo esa mira; pero no la tenía para mí solo, sino que, encumbrándome, te encumbraba á ti. Ya te dije que se trataba para ambos de una cuestión de vida ó muerte, de ser ó no ser. ¿Te crees un instrumento, una víctima? Pues hoy la



Enrique estaba tendido en el suelo, exánime, con los ojos cerrados y arrojando sangre por la boca

orquesta callaba en aquel momento, oíanse explosiones de risa y animadas conversaciones.

Enrique respiró con satisfacción. El día de su boda era para todos día de fiesta. Y ahora se abría para él la nueva vida, la vida feliz, dichosa, al lado de la esposa adorada, á orillas del mar azul, bajo un cielo de zafiro, allá en el Sur..., un paraíso sobre la tierra. Era demasiada felicidad, y el joven, desde lo más profundo de su corazón, elevaba una acción de gracias al cielo, que le había colmado de los bienes más preciosos.

Subió rápidamente la escalera y quiso entrar en el saloncito que separaba el cuarto de Cecilia del de su hermano, pero la puerta estaba cerrada por dentro con llave y nadie respondió á su leve llamamiento. Presa de impaciencia, encaminóse á la puertecita excusada que daba á la habitación de Oscar y que

víctima ha recibido los homenajes que podría enviar una princesa; y me parece que cuando pasaron por delante de ti aquellas masas imponentes de hombres, pudiste formarte una idea de la importancia colosal del nombre que llevas. Te espantaba vivir en Odensberg y hasta este sacrificio se te evita: Italia te espera, Enrique te adora, está pendiente de tus labios y no tendrá más ley que tu deseo..., nadarás entre riquezas... ¿Qué más puedes exigir de tu matrimonio? Esta sí que es felicidad; y ya verás como habrás de agradecerme.

— ¡Jamás, jamás!, gritó la joven fuera de sí. ¡Ah, si hubiese podido huir de esta felicidad!.. Pero tú me aterrizaste con la tremenda amenaza de seguir el ejemplo de nuestro padre, y yo... hube de resignarme para salvarte. Tú no sabes las torturas que desde entonces he padecido á cada prueba de bondad, de cariño de Enrique..., me sentía hipócrita, falaz, traidora... Nunca le he amado; siempre me ha sido indiferente, siempre me ha inspirado compasión; pero esperaba que con el tiempo me acostumbraría mejor á él... Por el contrario, ahora que mi cadena está soldada sin remisión, sin posibilidad de libertarme de ella, siento que me oprime, que no podré jamás acostumbrarme á vivir con ese hombre, y que no sólo no podré amarle, sino que le odiaré. Y puesta en esta situación, preferiría, te lo juro, la muerte á tener que estar con él, con mi marido.

De pronto se calló.

— ¿Qué ha sido esto?, preguntó ansiosa. Parecía un suspiro.

— ¡Alucinaciones! Estamos solos, he cerrado todas las puertas... Pero ¿á qué viene tu desesperación? ¿Necesitabas estar casada para comprender que amas á otro? ¿No sabías la verdad ó no querías saberla? Yo la sospeché desde el día en que encontraste á Runeck en el Albenstein, cuando regresaste medio loca á la sola idea de que Egberto te despreciara y de pasar á sus ojos por una aventurera... Sin embargo, no quise reñirte, no quise espantarte..., á los sonámbulos no se les despierta mientras caminan por el borde de un precipicio; pero ahora es tiempo de despertarte... Desde que Runeck se cruzó en tu camino...

— ¡No, no!., interrumpióle Cecilia con acento suplicante.

— Sí, replicó Oscar fríamente. ¿Crees que hoy, cuando has bajado del coche y te he dado el brazo para conducirte á la iglesia, no he sentido cómo temblabas y no he notado cómo palidecías y mirabas azorada detrás de los árboles? Era que le habías visto á él, esta es la verdad. Había venido para verte una vez más y estaba escondido lejos..., pero yo también le vi. A aquella distancia no se reconoce sino á un enemigo mortal ó al hombre á quien se ama; y en efecto, tú y yo le hemos reconocido.

La joven callóse y no negó: su silencio era una confesión. Pero ahora fué el barón quien se asustó; le había parecido oír el rumor levisimo de una puerta que se abría, é impulsado por un presentimiento extraño, lanzóse fuera de la estancia. Se había equivocado: el salón estaba vacío. Una mirada al reloj que estaba encima de la chimenea le hizo ver que era hora de poner término al coloquio y volvió apresuradamente al lado de Cecilia.

— Debo marcharme, dijo, á fin de que la gente no extrañe mi ausencia, y tú has de prepararte para la partida. Ya has llorado bastante: ahora anímate y piensa en lo que me debes á mí y en lo que á ti misma te debes. Eres la esposa de Enrique y mañana cien millas te separarán del hombre á quien nunca más verás volver á Odensberg, y le olvidarás, porque tu deber es olvidarle.

Dicho esto abrió la puerta, tocó el timbre para que acudiese la camarera, á la cual había hecho salir á fin de poder hablar más libremente con Cecilia, y salió sin preocuparse de los ojos enrojecidos de su hermana, detalle que á cualquiera podía parecer natural después de la despedida de ambos.

En el vestíbulo encontróse el barón con un criado que llevaba la maleta y la manta de viaje de Enrique.

— ¿Está en su cuarto todavía el Sr. Dernburg?, preguntó Oscar.

— No, señor barón; el señorito está en la habitación de la señora.

— No está, porque ahora vengo de allí y no le he visto.

— Dispense, señor, pero yo mismo he presenciado cómo el señorito Enrique subía, hará cosa de media hora, la escalera y entraba en el cuarto del señor barón por la puertecita de servicio.

Wildenrod se puso pálido como un cadáver: no había pensado en aquella otra puerta. ¡Si Enrique hubiese estado realmente en el saloncito, si hubiese oído!.. Oscar no quiso pensar en tal cosa, y dejando

al doméstico se dirigió apresuradamente al cuarto de su cuñado.

En la sala no había nadie, pero cuando levantó el cortinón de la alcoba, el barón retrocedió horrorizado: Enrique estaba tendido en el suelo, exánime, con los ojos cerrados y arrojando sangre por la boca.

No se necesitaban explicaciones..., al joven espeso le había sido arrancada la venda de los ojos en el momento en que más seguro se creía de su felicidad. Había tenido que oír de labios de la mujer adorada que prefería la muerte á vivir con él..., el golpe había ido directamente al corazón, y así como otros en su lugar se habrían lanzado furiosos sobre su esposa, él no tuvo fuerza ni valor para ello y prefirió retirarse silenciosamente y morir solitario.

Oscar quedó algunos instantes como petrificado, luego volvió en sí, agitó la campanilla, y cuando se presentó el criado, levantó á Enrique y ordenó al sirviente que llamara inmediatamente al doctor, aunque sin dar escándalo ni decir á nadie una palabra de lo ocurrido.

Acudió el médico en seguida, y mientras Wildenrod le explicaba cómo había encontrado á su cuñado, examinó rápidamente al enfermo, le auscultó el corazón y se incorporó luego murmurando:

— Llame inmediatamente á su hermana, barón, y prepárela... para todo; yo mandaré llamar al señor Dernburg y á Maya.

— ¿Teme usted?., preguntó Oscar.

— En el caso presente, respondió el buen doctor moviendo la cabeza y pasándose la mano por los ojos, no hay nada que temer ni que esperar; es cuestión de minutos. Barón, vaya en seguida por su hermana; tal vez antes de exhalar el último suspiro podrá volver en sí ese pobre muchacho.

Pocos minutos después, la funesta nueva, difundida con la velocidad de un relámpago, era conocida en toda la casa: todo el mundo sabía que Enrique Dernburg, á quien pocos momentos antes habían visto todos radiante de felicidad, yacía en aquel instante en su lecho de muerte... En el salón de baile callóse la música de repente, y todos los invitados, sobresaltados, tristes, reunidos en grupos hablaban en voz baja. La servidumbre corría de un lado á otro desolada; reinaba un silencio de muerte, interrumpido por el ruido de pasos precipitados y de puertas que se abrían y se cerraban. El rayo había caído en medio de la dicha en pleno esplendor.

Toda la familia estaba reunida en torno del lecho del moribundo. El doctor Hagenbach recurría á todos los remedios que su arte le sugería, pero se veía que nada esperaba. Arrodillada junto á la cama, con el semblante pálido y los ojos desencajados y sin lágrimas, estaba Cecilia, vestida todavía con el traje de novia; al otro lado, sollozaba Maya con la cabeza reclinada sobre el pecho de su padre, el cual, presa de un dolor mudo, inmenso, con los ojos anegados en llanto, contemplaba al hijo por quien había hecho toda suerte de sacrificios con tal de salvarle la vida, y al que, á pesar de ello, la muerte le arrebatara tan de improviso... Wildenrod no se atrevía á acercarse á la cama y permanecía sombrío y pensativo en el fondo de la alcoba, sin apartar su mirada del que se moría, llevándose consigo á la tumba el secreto de su fin trágico.

El doctor soltó suavemente el pulso del moribundo que hasta entonces había tenido entre sus manos. Cecilia vió aquella acción y adivinó lo que significaba.

— ¡Enrique!, gritó inclinándose sobre el lecho.

Aquel grito desgarrador, desesperado, tuvo poder bastante para hacer volver por un momento á la tierra el espíritu que se disponía ya á entrar en una nueva vida. Enrique abrió lentamente los ojos al oír aquella voz querida, y con la mirada casi apagada buscó todavía el rostro de la mujer á quien tanto había amado. El alma habíase ya desprendido de las miserias de la vida terrestre, pues olvidando el golpe mortal que le había sido asestado inconscientemente, Enrique sonrió por última vez á su Cecilia. Después dejó caer la cabeza sobre la almohada, siempre con la sonrisa en los labios, hizo una leve respiración y...

— ¡Todo ha concluído!, dijo Hagenbach.

Maya se arrojó sollozando sobre el cuerpo de su hermano, y Dernburg, apoyada la cabeza en la almohada de su hijo, vertió lágrimas de fuego que rodaron por sus mejillas, inclinóse luego sobre el rostro sonriente de Enrique, lo besó, y dirigiéndose después á la joven que había caído de rodillas con la cabeza oculta entre las manos, la levantó y la estrechó entre sus brazos, diciéndole con acento desesperado:

— Este es tu puesto. Eres la esposa de mi hijo..., eres mi hija... y yo seré para ti un padre.

XV

En la pequeña ciudad en donde estaba la estación del ferrocarril que servía á Odensberg y á los lugares vecinos, había una posada llamada del *Cordero de Oro*, establecimiento modesto, pero muy limpio, muy bien servido y concurridísimo. Su proximidad á la estación ferroviaria y las relaciones continuas con las minas, eran para la posada fuentes de gran afluencia, y todos los que iban ó venían de Odensberg, en el *Cordero de Oro* solían detenerse.

El antiguo propietario de éste hacía tiempo que había muerto, pero su viuda habíase apresurado á darle un sucesor en la persona del Sr. Pancracio Willmann, el cual, habiendo estado una vez de paso en la posada para buscar un empleo en aquella ciudad, consideró preferible hacer la corte á la rica viudita y convertirse en amo de aquel cómodo nido. Y no tuvo por qué arrepentirse de ello: su vida no podía ser más feliz, y mientras su esposa atendía á la cocina y en la bodega, él conversaba con los parroquianos y con su aspecto demostraba las excelencias del trato que en el *Cordero de Oro* se daba.

Un día de octubre, sombrío y ventoso, la calea del doctor Hagenbach habíase detenido delante de la hostería; el doctor estaba en el primer piso, en el saloncito reservado á los huéspedes distinguidos, sentado á la mesa con su sobrino Dagoberto, el cual partía en el primer tren para Berlín, adonde iba para terminar sus estudios. No podía decirse que las maneras duras y severas del tío hubiesen perjudicado á la salud del joven; al contrario, éste se marchaba muy sano y muy fuerte, contrastando su aspecto de entonces con la delgadez y el aire triste que tenía cuando llegara algunos meses antes.

Con ellos estaba también el Sr. Willmann: el rubicundo posadero no cedía nunca á otro la honra de servir al doctor, y aquel día, mientras tío y sobrino hacían los honores á la cocina de la señora Willmann, les contaba con voz plañidera que las recetas y el régimen del doctor le habían ido muy bien, pero dejándole extenuado, muerto de hambre.

— No hay más remedio, mi querido Willmann, dijo al fin Hagenbach, que había escuchado tranquilamente hasta el fin las lamentaciones del gordo glotón; ó seguir mis prescripciones y encontrarse mejor, ó volver á abusar de la comida y largarse prontamente al otro mundo... Y hablando de otra cosa, dijo de pronto viendo que el posadero al oír sus palabras ponía una cara más espantada que nunca, veo que hay gran concurrencia hoy en esta casa. El comedor de abajo está lleno como una colmena. Son todos electores socialistas, ¿no es verdad? ¡Corriente! Pero habiendo elegido por punto de reunión una posada que se titula el *Cordero*, dan á comprender que sus intenciones son pacíficas.

— ¡Ah, señor doctor, señor doctor!, gimoteó el Sr. Willmann cruzando las manos sobre el pecho. ¡Ah, señor doctor! ¡No me hable usted de esto! El año pasado hice renovar la sala, que es la más grande de la ciudad, con intención de que sirviera para reuniones inocentes, instructivas, edificantes; y ahora, por el contrario, he de ver cómo la utilizan los socialistas, los revolucionarios, los anarquistas... ¡Oh, qué horror!

— Pues si tanto horror le causan, ¿por qué los recibe?

— ¿Y cómo puedo negarme? Me arruinarían y quizás también me volarían el establecimiento, y á mí con él, con dinamita, exclamó Willmann estremeciéndose. Cuando vino Landsfeld á pedirme la sala, créame usted, no sólo no supe decirle que no, sino que además temblaba como la hoja en el árbol.

— Lo cual es muy lisonjero para el Sr. Landsfeld, observó el doctor bebiendo un gran trago de cerveza, mientras Willmann proseguía:

— Pero ¿cómo me presentaré delante de mis otros parroquianos? ¡Me lo harán pagar caro! Y... ¿qué dirá el Sr. Dernburg?

— ¿Qué quiere usted que le importe al Sr. Dernburg que los socialistas se reúnan en el *Cordero de Oro* ó en cualquier otro sitio? Por otra parte, no puede usted perder como parroquiano al Sr. Dernburg, porque no creo que nunca se haya detenido en esta posada.

— Es cierto, señor doctor. ¿Cómo quiere usted que los señores de Odensberg vengan á mi pobre casa? Pero en cambio todos los señores empleados se detienen siempre aquí, y no quisiera perder mis relaciones, mi clientela, para... para...

— ¿Arruinarse por un partido? Lo comprendo. Es cuestión de negocios, tiene usted razón. Hoy hablará Runeck, ¿no es verdad? En la sala no habrá seguramente un sitio vacío y usted sacará un buen beneficio sin duda alguna.

— ¿Beneficio? ¡Ni siquiera pienso en ello!, exclamó el Sr. Pancracio alzando los ojos y las manos al cielo. Pero tengo que considerar que los negocios, en la época que corremos, no van muy bien que digamos; es mi deber, pues al fin y al cabo soy padre de familia..., tengo seis hijos... Y los tiempos son difíciles...

— ¡Vamos! Que hasta ahora los tiempos difíciles no le han hecho adelgazar... ¿Sabe que cuando alza usted los ojos al cielo se parece de un modo asombroso a su pobre primo, al hombre del desierto?... Ven, Dagoberto; en marcha, pues de lo contrario perderás el tren.

Y bebiendo el último sorbo de cerveza salió. El Sr. Pancracio le acompañó hasta la puerta, rogándole humildemente que dijera al Sr. Dernburg que él pertenecía al partido del orden; pero que como padre de familia y con los tiempos difíciles...

— Le diré que es usted víctima de su oficio, repuso el doctor interrumpiéndole. Y mientras tanto siga usted temblando y embolsándose los cuartos: la cerveza de usted es excelente; aquellos señores lo saben, y en gracia a su cerveza respetarán el *Cordero de Oro*, por mal que se presenten las cosas.

El posadero movió tristemente la cabeza, como para desaprobar que se tomase la cosa tan a la ligera, y abriendo la puerta a sus parroquianos, inclinóse profundamente y entró de nuevo en la casa.

La estación distaba cien pasos de la posada, y cuando llegaron a ella tío y sobrino, el tren estaba ya a punto.

El doctor puso una mano sobre el hombro de su sobrino diciéndole:

— Dagoberto, una cosa exijo de ti, y es que tengas en cuenta que vas a Berlín para estudiar, no para hacer el tonto como Runeck. Egberto fué siempre un buen muchacho hasta el día en que se fué a Berlín y se metió entre revolucionarios. Si hicieras una cosa semejante, te aseguro que...

— No, no, tío, apresúrese a decir Dagoberto, asustado por la cara tremenda del doctor. Te prometo que no iré con los revolucionarios.

Y diciendo esto, el joven rubio puso la mano sobre el pecho para dar mayor fuerza a su promesa.

— ¡Hum! Por otra parte, serías para ellos una adquisición bien poco valiosa; pero de todos modos, te he avisado, porque como tienes tanta disposición para cometer imbecilidades... Espero que aquella maldita poesía «A Leonia» será la primera y la última, y creo haberte dicho ya mi opinión sobre este particular. Y ahora, sube al vagón, que es hora de partir. ¡Adiós y buen viaje!

El doctor cerró la portezuela y se apartó un poco. El tren se movió, y la máquina, después de dar un resoplido, dejó oír el silbato y echó a andar, mientras Dagoberto respiraba con satisfacción, considerando segura en lo sucesivo la nueva poesía que llevaba escondida en el pecho, el nuevo desahogo poético que se proponía enviar desde Berlín a la dama de sus pensamientos, y en la cual le aseguraba que su amor subsistiría a pesar de la separación, de la distancia, del tiempo y del mundo despiadado.

El mundo despiadado, representado por el doctor, permaneció en el andén saludando al sobrino, que se alejaba, y luego se dirigió al despacho del jefe de estación para enterarse de si llevaba retraso el expreso de Berlín.

— No, señor doctor, le dijo el empleado, dentro de diez minutos estará aquí. ¿Espera usted a alguien?

— Al conde Víctor de Eckardstein.
— ¿Regresa a Eckardstein el conde Víctor?, exclamó el jefe sorprendido. En la pasada primavera se dijo que había tenido algunos disgustos con su hermano y que no volvería más por aquí... ¿Está acaso peor el conde?

— Tan mal está, que ha sido preciso avisar al conde Víctor, único pariente íntimo.

— Es verdad, ellos dos son los únicos de la familia. ¿Quiere usted entrar en la sala de espera, señor doctor?

último vagón en compañía de un caballero de cierta edad.

— ¿Ha ocurrido alguna novedad?, preguntóle Víctor yendo a su encuentro.

— No, señor conde, el estado del enfermo es siempre el mismo; pero como me encontraba en la estación, me he quedado para recibir a usted.

— El doctor Hagenbach, dijo el joven dirigiéndose a su compañero. Mi tío, el Sr. de Stetten.

Hagenbach saludó: conocía aquel nombre y sabía que aquel caballero anciano era hermano de la difunta condesa de Eckardstein. Stetten le tendió la mano.

— ¿Es usted quien asiste a mi sobrino, señor doctor?

— Sí, Sr. de Stetten; fui llamado en consulta por el médico de cabecera, que quiere compartir la responsabilidad.

— Hizo bien. Eran tan alarmantes las noticias que recibimos, que me he decidido a acompañar a Víctor. ¿Conque la cosa es grave?

— Una pulmonía siempre lo es, contestó el doctor evasivamente. Es cierto que quizás... la naturaleza robusta del enfermo. De todos modos, hemos creído que debíamos advertir al señor conde...

— Y por ello le doy las gracias, repuso Víctor en voz baja.

El joven estaba pálido y emocionado ante la idea de ver tal vez en el lecho de muerte a su hermano, de quien se había separado después de acerbias disputas. Este pensamiento le tenía tan trastornado que guardó silencio, dejando que fuera su tío quien hiciese las preguntas al doctor.

Fuera de la estación esperaba un coche de los Eckardstein; el doctor saludó a los dos recién llegados, prometiéndoles que al día siguiente muy temprano estaría en el castillo, y se encaminó luego directamente al *Cordero de Oro* para decir a su cochero que estuviese dispuesto para partir.

Al entrar en la hostería, el doctor se encontró de nuevo con Runeck, quien se había librado de los obreros, y solo con Landsfeld pedía al hostelero un cuarto retirado en donde poder hablar tranquilamente.

Egberto saludó a Hagenbach y dió un paso hacia él con ademán vacilante. Landsfeld subió

la escalera, y cuando estuvo arriba gritó con voz áspera y acento más de mando que de invitación:

— ¡Eh!, ¿qué hacemos?

Aquel tono desvaneció la vacilación del joven ingeniero, el cual sacudió la cabeza con gesto de desaffo y se aproximó al doctor diciéndole:

— Dispense, doctor; una palabra..., ¿cómo están en Odensberg..., en casa de Dernburg?

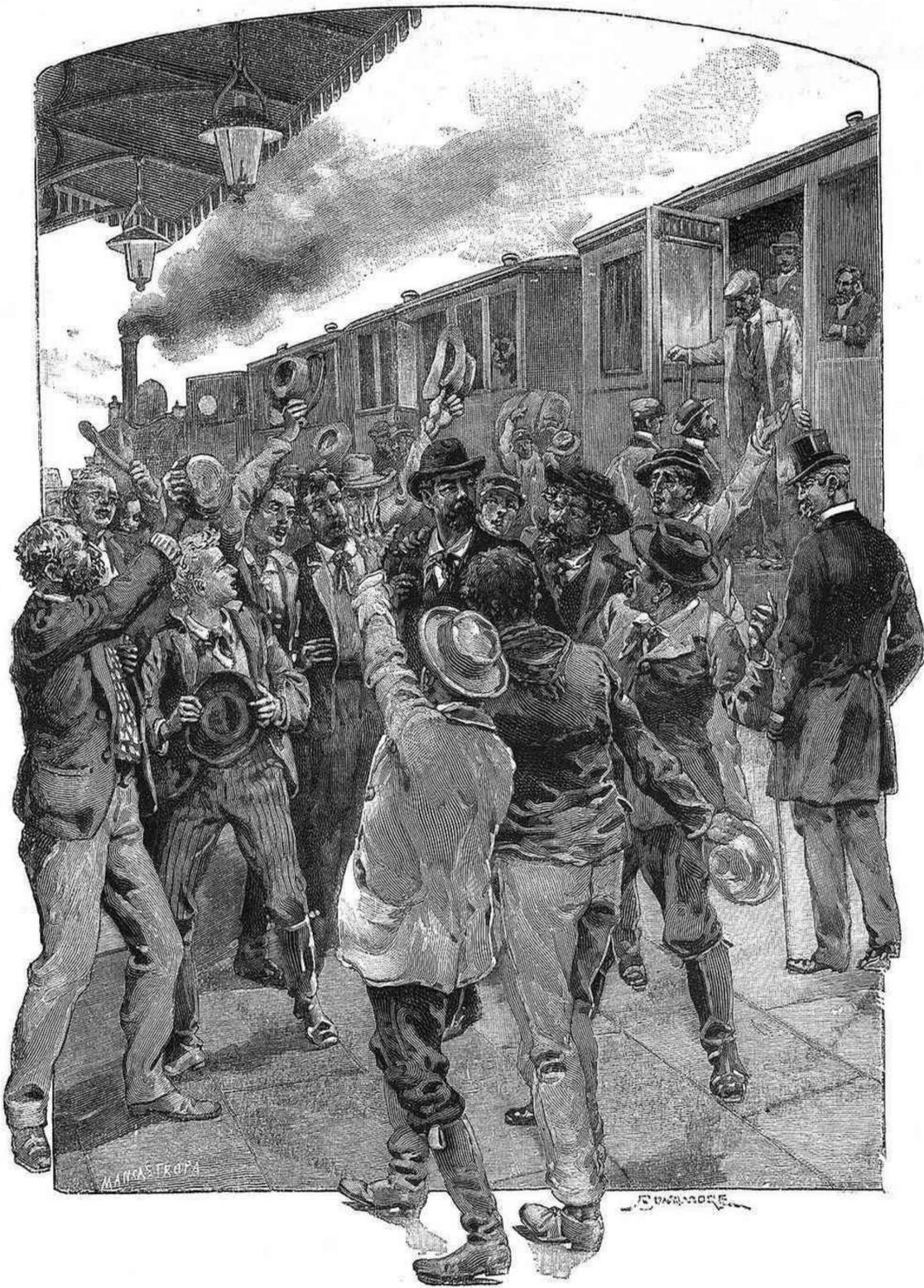
Hagenbach respondió fríamente a la pregunta:

— Están como se puede estar en una casa en donde la muerte ha entrado de una manera imprevista y cruel. ¿Está usted enterado de la muerte de Enrique Dernburg?

— Sí, contestó Egberto con voz profundamente conmovida. ¿Sufré mucho el Sr. Dernburg?

— Más de lo que quiere aparentar; pero tiene una naturaleza de hierro que resiste los golpes más tremendos, y por otra parte no le queda mucho tiempo que dedicar a su dolor. La situación de las cosas de Odensberg le ocupa más que de ordinario: usted debe saberlo mejor que yo, Sr. Runeck.

(Continuará.)



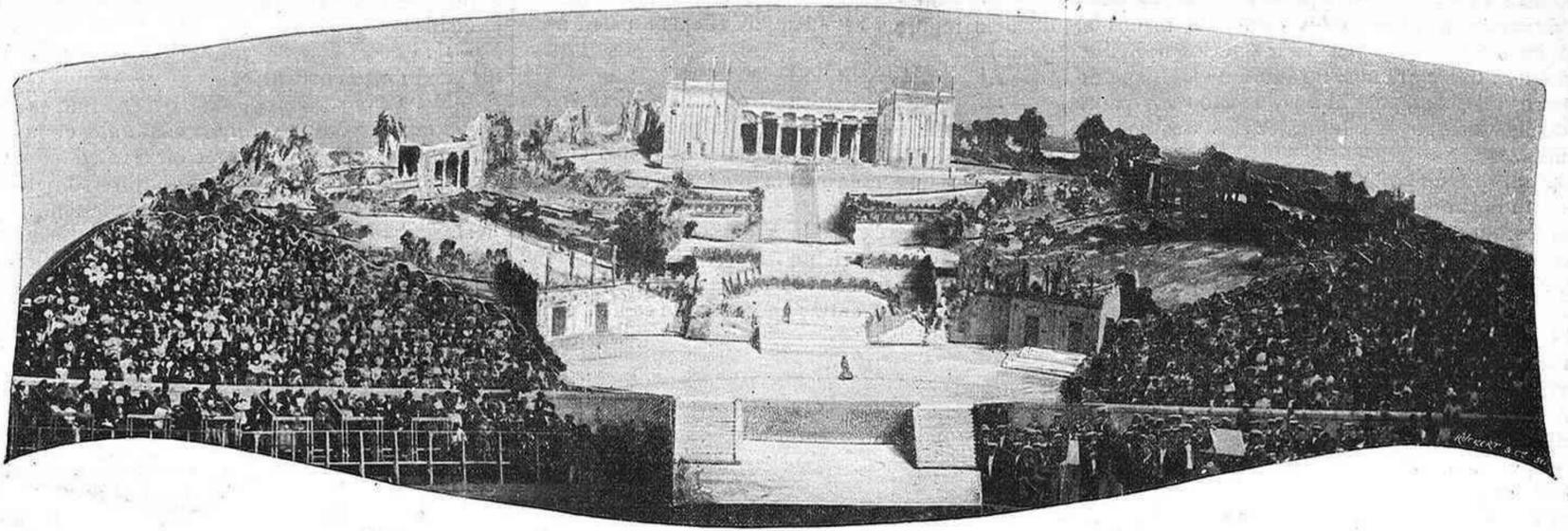
Entre aclamaciones y aplausos le arrastraron fuera de la estación

— No, gracias; siendo cosa de pocos minutos, prefiero esperar fuera.

Hagenbach no era el único que esperaba, pues al poco rato entró Landsfeld con un grupo de obreros que se situaron en el andén y comenzaron a hablar a gritos de las reuniones motivadas por las elecciones próximas. En tanto, el tren entró en la estación y se detuvo; iba lleno, y los viajeros, tratándose de una parada larga, se dispusieron a bajar.

Hagenbach pasaba revista de los vagones buscando al conde, cuando se encontró frente a frente de un viajero que descendía del tren en aquel momento: era Runeck. Ambos se quedaron sorprendidos y el joven iba a dirigirse al doctor; pero ya Landsfeld le había descubierto y se lanzó hacia el ingeniero, el cual se vió en seguida rodeado por la multitud de mineros que entre aclamaciones y aplausos le arrastraron fuera de la estación.

— El tribuno del pueblo navega en buenas aguas, murmuró el doctor. ¡Qué gran sorpresa para el señor Dernburg! ¿Y qué harán los de Odensberg? Allí veremos, dijo acercándose a Víctor, que bajaba del



BEZIERS. - REPRESENTACIÓN DEL DRAMA LÍRICO «PARYSATIS.» - En el fondo se alza el palacio de Artajerjes. A derecha é izquierda el público en las gradas. La orquesta está situada á la derecha. Los coros se colocan en el centro del circo

EL DRAMA LÍRICO «PARYSATIS»

REPRESENTADO EN LAS ARENAS DE BEZIERS

Con excelente éxito se cantó hace poco el drama lírico *Parysatis*, letra de Mme. Dieulafoy y música del maestro Saint-Saens, en las Arenas de Beziere, en aquel grandioso escenario en donde se representaron en 1898 *Dejanire*, de Luis Gallet y Saint-Saens, y en 1900 y 1901 *Prometeo*, de Juan Lorrain, A. F. Herold y Gabriel Fauré.

Mme. Dieulafoy, que tanta celebridad se ha conquistado por sus expediciones y sus descubrimientos en Persia, desde 1881 á 1887, no es solamente una mujer erudita y una notable arqueóloga, sino que además es una excelente escritora que ha publicado varias celebradas novelas, históricas unas, de costumbres contemporáneas otras, y dado con gran éxito una porción de conferencias sobre el teatro clásico.

El drama lírico *Parysatis* está sacado de una de sus novelas, inspirada en un episodio de la historia de Persia. La acción se desarrolla en aquella Susiana cuyos secretos ha arrancado Mme. Dieulafoy y hace revivir ante los ojos de los espectadores á esos personajes históricos que se llaman Parysatis, Artajerjes, Ciro y Darío, cuyas pasiones constituyen la trama de la obra.

Dejemos ahora la palabra á madame Dieulafoy, quien al explicar los motivos que la indujeron á escribir el drama se expresa en los siguientes términos:

«Si la gestación fué larga, por lo menos terminó satisfactoriamente. Cuando hube ayudado á mi esposo á instalar en el Louvre las preciosas colecciones que habíamos sacado de los túmulos de Susa y cuando hube pagado á Persia mi deuda de gratitud, ¿iba á dejar de escribir? Había yo exhumado un palacio y un acrópolis; ¿sería imposible resucitar á sus habitantes? Por otra parte, no hubo en mí cálculo alguno; fué un deseo espontáneo, inconsciente.

«¡Cuántas veces en aquellas lejanas regiones mientras recorría las escarpadas pendientes de los túmulos y apartaba las malezas que sobre los sepulcros crecían para mejor ocultar el secreto que éstos encerraban, interrogando á los cimientos de las puertas y de las murallas fuí siguiendo con el pensamiento á la reina Parysatis! Por aquí pasó la madre de aquel Artajerjes cuyo palacio allí se levanta; delante de estos pórticos se congregaban á modo de serviles rebaños, sátrapas, generales, magos, los adoradores del Elegido de Dios; por esta puerta aparecían los embajadores que de la apartada Grecia y de toda el Asia acudían á rendir homenaje al Rey de los Reyes; encima de estas murallas estaban los Inmortales, centinelas vigilantes que, como el velador de Esquilo, interrogaban día y noche al horizonte.

»Y por la mañana cuando la aurora enviaba sus rosadas tintas á los ventisqueros de las montañas, y por la noche cuando las cumbres, inflamadas por los últimos rayos del sol poniente se dormían en el seno de la noche, llegada sin crepúsculo, pensaba que el mismo radiante espectáculo había sido el encanto de las miradas del Señor del mundo, como eran entonces el encanto de mis ojos. Existía entre nosotros un lazo, como un parentesco establecido por la naturaleza al través de los siglos. Y luego, por un espejismo de la imaginación, la llanura desierta y estéril, cubriase de plátanos y de palmeras, y veía yo reflorar los jardines, alzarse de nuevo los ribazos de los canales y circular por éstos el agua

rrarse; así es que aun hoy en día conservo de ellas un recuerdo tan claro, que cuando pienso en Susa, más bien evoco el palacio en pie y en todo su esplendor, que pienso en las ruinas que de él han quedado.

»En cuanto tuve algunos ratos libres los consagré á Parysatis y escribí la novela de su vida, porque hacía tiempo que la terrible reina se había enseñoreado de mi pensamiento. No diré que esta obra carezca de defectos; pero es sincera, y algunas buenas cualidades debe tener cuando la Academia Francesa le ha otorgado un premio. En ella hacía revivir la corte de los grandes reyes en toda su magnificencia, en el apogeo de su esplendor, sin ocultar ninguna de las manchas de sangre que la deshonraban; á ella aporté todo cuanto había recogido en los autores griegos ú orientales, y en ella celebré algunos oficios de la antigua religión mazdea, tan pura, tan benéfica, á pesar de su extraño y desconcertador ritual. El público leyó con interés esa novela, y muchos críticos me escribieron diciéndome que encontraban en ella condiciones escénicas y que podría de ella sacarse un drama conmovedor: mi antiguo y querido amigo Luis Gallet, á cuya memoria me complazco en tributar un homenaje, insistió mucho al darme este consejo.

»*Parysatis* representaba el período aqueménida en el siglo V antes de nuestra era y correspondía á los tiempos prósperos en que fué construido el palacio cuyas ruinas hemos descubierto. Para llegar hasta él hubimos de atravesar algunas capas contemporáneas de los grandes reyes Sassanidas, los Cosroes y los Chapur, que llevaron el terror á Roma é hicieron prisionero á uno de sus emperadores. La inspiración siguió las excavaciones en orden inverso, es decir, después de haber descendido con *Parysatis* al punto más profundo adonde llegaron nuestros picos, remontóse á la superficie, cuando escribí *Rosa de Hatra*, otra novela histórica que apareció por vez primera en el *Temps*. Por último, los griegos, que se habían mezclado á menudo con los persas, lo mismo en las luchas de la guerra que en las alegrías de la paz, hablaron á su vez, y con voz tan imperiosa, que se hicieron escuchar; entonces escribí *El Oráculo*.

»*Rosa de Hatra*, á pesar de su título, es una obra sombría; *El Oráculo* se desarrolla bajo el hermoso cielo de la Hélade, junto á las olas de blancas espumas que engendraron á la madre de Eros. También me dijeron que estas dos obras se distinguían por sus cualidades dramáticas. Acabé por dar crédito á mis consejeros, y fijándome en *Parysatis*, corté, suprimí persona-

jes episódicos y no conservé de la novela más que las escenas movidas por la pasión y los combates en que entraban en lucha el deseo y el amor.

»El drama estaba hecho; era, pues, cuestión de hacerle representar. Pero el hombre propone y Dios



Mme. Jane Dieulafoy en el salón de su casa de París

fecundante que regaba los campos cubiertos con espléndidas cosechas.

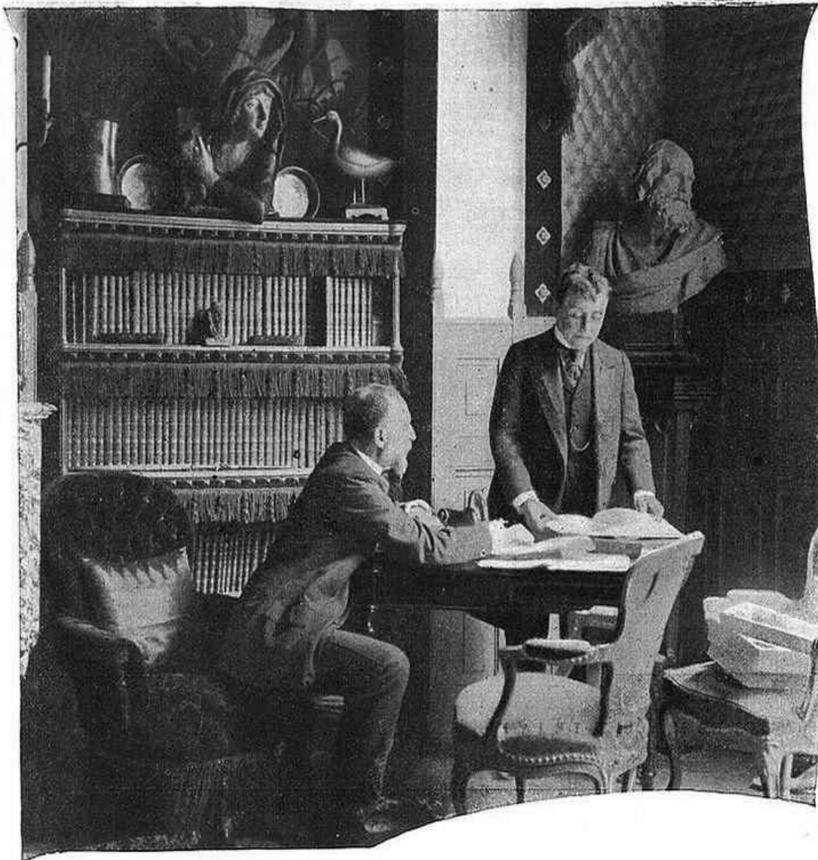
»Estas impresiones tan vivas y con tanta frecuencia renovadas grabáronse demasiado profundamente en mi espíritu para que con facilidad pudieran bo-

dispone; sin duda la hermosa reina de Persia se mezcló en el asunto, y después de haber sido árbitra del mundo antiguo y de haber gobernado el Asia, quiso salir del olvido en que los siglos la sepultaran.»

Después de describir la hondísima impresión que le causaron las representaciones de *Dejanire* y de *Pro-meteo* en las Arenas de Beziers, añade:

«La noche de la última representación, díjome Saint-Saens: «Habéis comprendido perfectamente el carácter de nuestras representaciones. ¿Tenéis algún asunto persa que pueda representarse en las Arenas? M. Castelbon lo aceptaría. Escribid una tragedia ó un drama y yo compondré la música.» La proposición me deslumbró, y excuso decir si la acepté gustosa.

»Vacilé entre *Parysatis* y *Rosa de Hatra*, y al fin la reina venció á la princesa. Cogí entonces mi drama, y sin introducir en él grandes modificaciones, me limité á desarrollar las situaciones musicales; por esto el primer acto comprende, además de los coros y de la música de escena, una marcha fúnebre y una entrada triunfal; el segundo, un lamento amoroso, un baile, un regreso de una cacería y un himno á la diosa Anaf-



Los esposos Dieulafoy en su despacho de París

ta; y el tercero, la llegada de una embajada, la proclamación de Darío como príncipe hereditario y un final grandioso.

»Si en el conjunto de la obra me esforcé por acercarme á la forma griega, débese esto á que las Arenas ofrecen grandes analogías con el teatro antiguo.

»En octubre de 1901 aseguróme Saint-Saens que mi obra le convenía, y poco tiempo después partió para El Cairo. Allí, perdido en la muchedumbre que de todos los países de Oriente acude, sintió la influencia dominadora del medio ambiente, escuchó los cantos populares transmitidos de generación en generación y oyó tocar los primitivos instrumentos de música á cuyo son se agitan los derviches y danzan las almeas, y su oído, tan delicado, ha recogido extraños y encantadores ritmos que dan á la partitura una originalidad sorprendente.

»Parysatis está satisfechísima de su músico; ella misma me lo ha dicho. ¿Tiene motivos para estarlo también de la que le ha servido de guía en el mundo moderno? Pregunta es esta que no me toca contestar.»

Los aplausos del público y de la crítica han contestado elocuentemente por Mme. Dieulafoy. — X.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Chaumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 258, Barcelona

PAPEL CIGARROS
ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disponen casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPETRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE ó HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
 CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
 prescrito por los Médicos en los casos de
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.
 102, Rue de Richelieu, Paris y en todas Farmacias del Extranjero.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro Inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exíjase el producto verdadero y las señas de
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro Inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exíjase el producto verdadero y las señas de
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro Inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exíjase el producto verdadero y las señas de
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

AVISO A LAS SENORAS
EL ANIOL DE LOS
JORET Y HOMOLLE
 CURA
**LOS DOLORES, RETARDOS,
 SUPPRESSIONES DE LOS
 MENSTRUOS**
 F^{ca} G. SÉGUIN — PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

VINO AROUD
CARNE-QUINA
 MEDICAMENTO - ALIMENTO
 El más poderoso **REGENERADOR**
 Prescrito por los Médicos
 Este vino de un gusto exquisito con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina es soberano en los casos de: Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza, etc.
 102, Rue Richelieu, PARIS
 Y EN TODAS FARMACIAS DEL EXTRANJERO

LA SAGRADA BIBLIA
 EDICIÓN ILUSTRADA
 á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas
 Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

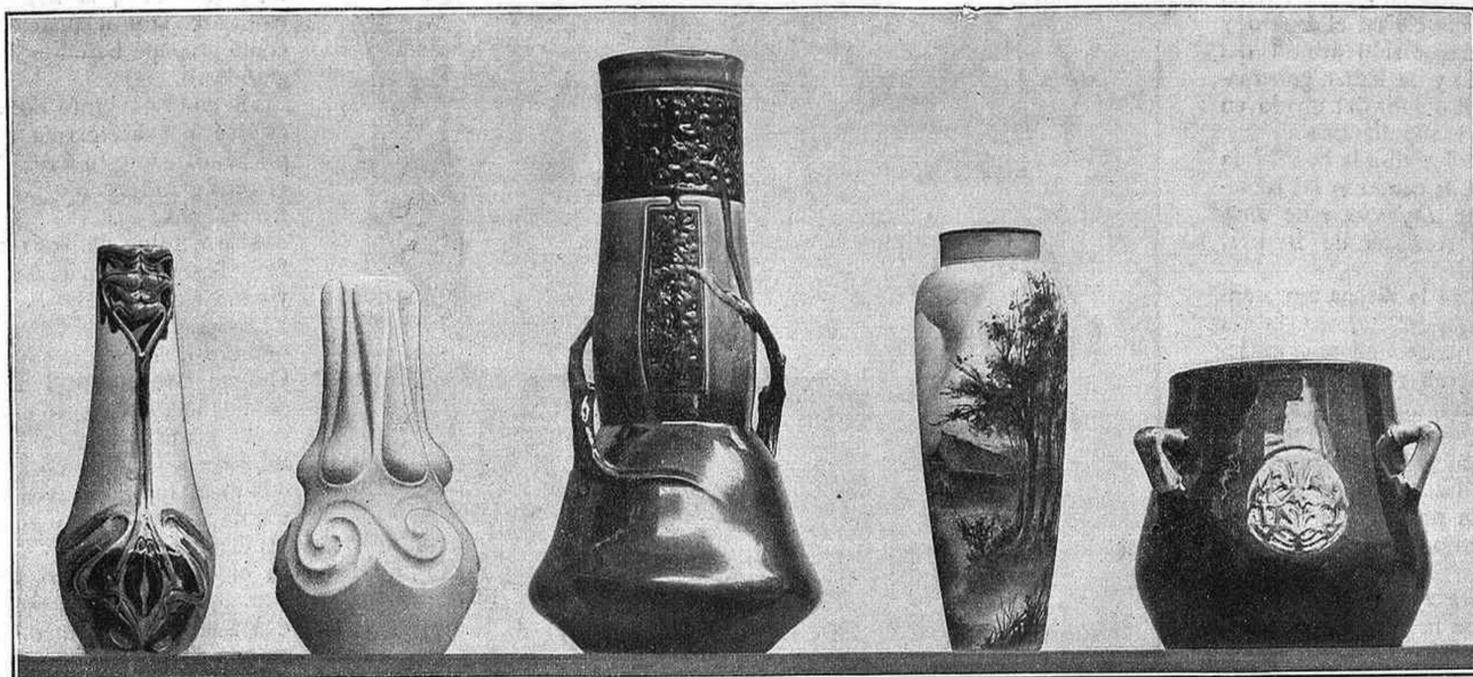
GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz.— Precio: 12 REALES.
 Exigir en el rotulo el firma
 Adm. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS PATERSON
 en BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo el firma de J. FAYARD.
 Adm. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

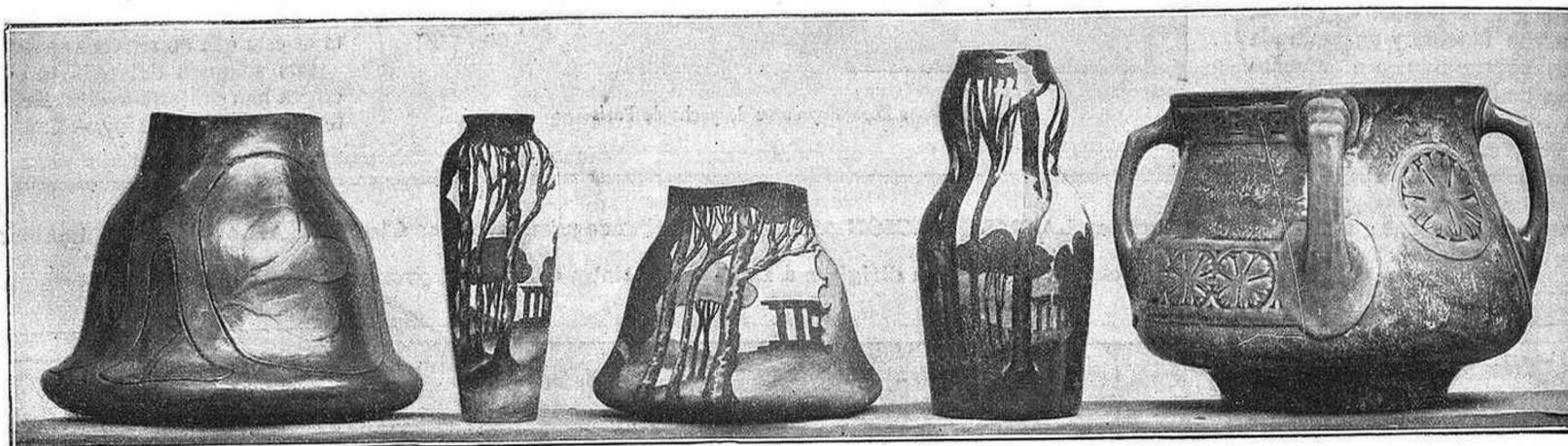
PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARRCSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso
 CANDES et C^{ie} 2^e St-Denis, 48

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el Verdadero
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE, DUSSER**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.



JARROS DE MAYÓLICA DE LA FÁBRICA VILLEROY Y BOCH, DE SCHRAMBERG



JARROS DE MAYÓLICA DE LA FÁBRICA VILLEROY Y BOCH, DE DRESDE

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

COLORES PÁLIDOS
AGOTAMIENTO

GRAJEAS Y ELIXIR
RABUTEAU

El mejor y más económico
Ferruginoso.

CLIN Y COMAR, PARIS. — En todas las Farmacias. 654

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
SOBERANO CONTRA
CATARRO - ASMA - OPRESIÓN
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
Todas Farmacias.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTÁTICA

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronguitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma **WLINSI**.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN